



*Película
editada por
Artistas Unidos
e interpretada por*

1⁵⁰
Pts

DOUGLAS FAIRBANKS

DON Q **HIJO DEL ZORRO**

SOCIEDAD GENERAL DE PUBLICACIONES S.A. - BARCELONA.

DON Q., HIJO DEL ZORRO

ESTE LIBRO PERTENECE A LA COLECCION

LAS GRANDES NOVELAS DE LA PANTALLA

Colección de novelas basadas en argumentos célebres de la cinematografía. Los tomos van ilustrados con fotografías de las películas.

VOLUMENES PUBLICADOS

LAS DOS NIÑAS DE PARÍS.

JUDex

LA NUEVA MISION DE JUDEx.

LA HUÉRFANITA.

BARBARAS.

EL SIGNO DEL ZORRO (*Douglas Fairbanks*).

LA COQUETA IRRESISTIBLE (*Constance Talmadge*).

PARISETTE.

EL HOMBRE DE LAS TRES CARAS.

POR LA PUERTA DE SERVICIO (*Mary Pickford*).

LA AMORDAZADA.

PIMENTILLA (*Dorothy Gish*).

EL HIJO DEL PIRATA.

EL CAPITÁN KIDD (*Eddie Polo*).

LOS PARTAS DEL AMOR.

ESPOSAS FRÍVOLAS.

LA DUEÑA DEL MUNDO (*Mia May*).

LA TRAGEDIA DEL CORREO DE LYON.

EL HIJO DE LA PARROQUIA (*Niño Jackie Coogan*).

EL MILAGRO.

RICARDO CORAZÓN DE LEÓN.

EL HUÉRFANO DE PARÍS.

EL LADRON DE BAGDAD (*Douglas Fairbanks*).

DOROTEA VERNON (*Mary Pickford*).

EN PRENSA

LA PEQUEÑA ANITA (*Mary Pickford*).

LA QUIMERA DE ORO (*Charlot*).

LAS GRANDES NOVELAS DE LA PANTALLA

DON Q., HIJO DEL ZORRO

Basada en la película marca "Artistas Unidos",
interpretada por DOUGLAS FAIRBANKS

Adaptación de Juan de Easo



SOCIEDAD GENERAL DE PUBLICACIONES, S. A.
DIPUTACIÓN, 211. — BARCELONA :: VALVERDE, 21 DUP. — MADRID

Adaptación autorizada por
"ARTISTAS UNIDOS"

■ ■ ■

Fotografías facilitadas por
E. Gurt, representante en Es-
paña de la Sociedad
«ARTISTAS UNIDOS»

ACABAMOS DE PUBLICAR
EL SIGNO DEL ZORRO

2.^a EDICION

DON Q., HIJO DEL ZORRO

INTRODUCCIÓN

La colonización americana está llena de enseñanzas, y aun sin abandonar el terreno de la verdad histórica, de emocionantes episodios. Novelesca es, por ejemplo, la vida de Jorge Washington, y sus esfuerzos hasta lograr la independencia de su país superan a cuanto pudiera crear la más exuberante fantasía. Y es que — innegable hecho biológico — los pueblos nuevos, a medida que con infusiones de los mismos dominadores, generalmente, ven elevarse su nivel cultural, cuajarse su porvenir económico, afirmarse su sensibilidad, están menos dispuestos a permanecer en una condición subalterna, en tanto que los descubridores no saben resignarse a dimitir su tutela o curaduría oportunamente.

No es preciso decir en qué medida la ineptia, la incompreensión, el afán desapoderado de amontonar riquezas de algunos altos funcionarios enviados por la metrópoli y, sobre todo, la ausencia de fiscalización, contribuían a envenenar el ambiente, tornándolo propicio a toda las rebeldías. Y es que en el siglo xvi, como en el que vivimos, si son los más fuertes, los más hábiles y decididos de los grupos autóctonos los dispuestos siempre a los azares de la emigración, no siempre son, desgraciadamente, los mejores.

Pues en este ambiente electrizado por pasiones arrolladoras ha situado la fantasía del novelista a don Diego de Medina, el *Zorro*. Y a fe que si el remoque con que el pueblo le dis-

tingue señala bien la astucia del héroe, la rapidez con que acierta a acudir a los lugares donde su presencia es necesaria, su habilidad para burlar a sus perseguidores encarnizados, otras de sus cualidades reivindicarian para don Diego el sobrenombre de «lcone», ya que si las circunstancias le aconsejan taparse la cara, el corazón no lleva, para los desiguales combates, otra defensa que la de su espada, con la que rubrica sus hazañas en el rostro de sus adversarios.

Aunque no sea indispensable, puesto que nuestros lectores van a entablar relación — que suponemos no tardará en ser amistad — con don Q., hijo del Zorro, queremos resumir aquí brevemente la vida del padre, transcrita con amenidad en la novela *El signo del Zorro*, publicada en esta misma colección y de la que la presente es continuación o segunda parte.



En la época a que los sucesos que referimos se contraen, gobernaba el Estado de la Antigua California — vasta península situada en la costa occidental de Méjico — el general don Manuel de Céspedes, oriundo del país y tan vano y soberbio, tan ambicioso e injusto, que sus go-

bernados conocieron las vejaciones más execrables. No se atrevían las personas solventes a manifestar su descontento, temerosas de atraer sobre ellas la cólera del tirano, y las protestas de echimbosc y aplacosc, de los que nada tenían que perder, fueron prontamente acallados por el terror. El gobernador se ensafiaba incluso con los que osaban apelar a una benignidad que no existía, atenuando el cuerpo de los insolventes y descostrando las cajas de caudales de los que contaban con algo más que sus personas para responder de supuestos desacatos o perjuicios puramente imaginarios.

Tal ocurrió con don Carlos Pulido, uno de los hombres más nobles y ricos de la comarca, al que secuestraron sus bienes por haberse atrevido a manifestar públicamente su disconformidad con estos arbitrarios sistemas de gobierno.

Así las cosas y cuando unos y otros tascaban el freno, disimulando su ira o acumulándola para el momento propicio, comienzan a circular noticias de las hazañas de un enmascarado, que ha surgido no se sabe de dónde, al que nadie conoce, pero que está siempre allí donde hay que proteger a los débiles o castigar a los opresores. Su espada, como soldada al nervudo brazo, era a la vez

defensa inexpugnable y rayo y pluma con la que el Zorro señalaba a sus enemigos en el rostro, escribiendo sangrientamente su signo:

Z

Pero si sus compatriotas ignoraban su nombre — sin dejar de adorarle, — no hay razón para que nosotros ocultemos que el Zorro era don Diego de Medina, en cuyo secreto no había penetrado más que un adicto criado, fiel hasta la muerte, con esa adhesión que sólo se daba en aquella época. Nadie más sabía de la doble personalidad de don Diego que, para mejor valerse, simulaba ser ordinariamente enemigo, con gran desesperación de su padre, el noble don Alberto, que sin explicarse satisfactoriamente las razones del cambio sobrevenido en la inteligencia de su heredero, veía con tristeza de padre y de patriota desvanecerse las esperanzas que pudiera en el esfuerzo del hijo amado.

Deseoso de provocar una tempestad en el espíritu de don Diego y confiando que el mejor modo de lograrlo es recurrir al conjuro del amor, don Alberto acude a visitar a su gran amigo don Carlos Pulido, en cuya hija, bella, discreta y virtuosa, ha puesto los ojos anhelantes. No le oculta — que ello sería imposible y poco se averdría con la nobleza de

su carácter — la actual inferioridad mental de don Diego, aunque expresa su esperanza de que ésta sea pasajera.

Híllase don Carlos, al recibir la visita de su amigo, en una situación desesperada. Las persecuciones del gobernador contra él lo siguen hasta la modesta casa de campo en que se ha refugiado con su mujer y su hija. Con un burdo pretexto se le ha impuesto una fuerte multa, dándole un plazo de horas para pagarla, con lo que al desdichado caballero se le coloca en el trance de desposeerse de sus últimos bienes, lanzándolo a la miseria. En el sombrío panorama que las circunstancias le ofrecen, la petición que don Alberto le hace sería tan brillante como un amanecer primaveral si el amor de padre, la conciencia de lo que debe a la felicidad de su hija, no le hicieran considerar con dolor la perspectiva de ver a ésta enlazada de por vida a un muchacho reputado de bobo. Y en esta lucha de su espíritu lo deja don Alberto, no sin ofrecerle generosamente, cualquiera que sea su solución, la ayuda necesaria para solventar el conflicto económico en que le colocaron las persecuciones de los opresores gobernantes.

Por orden de su padre va don Diego a visitar a la familia de Pulido. Si él hubiera de elegir

libremente compañera para toda la vida, no habría puesto los ojos en otra que en Rosaura, a la que vió alguna vez sin ser, por su parte, advertido y en el aura de cuya angelical persona, graciosa y gentil, dejó prendida el alma. Pero no es aún llegado el momento de descubrir el secreto de su doble personalidad: debe seguir siendo enmudo para todos; e imagina un arbitrio que consiste en desagradar, como don Diego de Medina, a la amada y enamorarla como el Zorro.

Y así, mientras los soldados del gobernador buscan al Zorro, por cuya captura se han ofrecido diez mil pesos y sus compatriotas procuran ocultar amorosamente las huellas de su paso, el Zorro, convertido en el imbécil don Diego de Medina, se dirige a la finca de los Pulido, donde ha de jugarse con el amor una sabrosa y difícil burla.



¿Será necesario decir que Rosaura siente rápidamente la protesta de todo su ser, la resistencia a ligar su vida a la del majadero que en presencia de la prometida se dedica a decir inconveniencias, a jugar con el pañuelo de bolsillo para construir animalitos, a mostrar sin recato la oquedad de su intelecto? ¿Y lo

será, quizá, indicar hasta qué punto se interesa momentos después de marchar aquél — los momentos que necesita don Diego para disfrazarse en el carnaje que le conducía y volver, saltando la cerca, al jardín de la finca de Pulido — con la súbita aparición del Zorro, en cuya silueta se adivina sin dificultad al joven gallardo, al que rodea tan prestigiosa leyenda y cuyas palabras, ardientes y discretas, hacen palpitár aceleradamente el virginal corazón?

Pero ¡ay, que no todo es poesía en la vida! La madre de Rosaura, excelente señora, advierte la presencia del Zorro en su casa y no tarda en convencer a su marido de la conveniencia de denunciarlo. En la situación en que se encuentran, su silencio sería interpretado por complicidad. Y mientras los jóvenes, en la entrevista, iniciada secamente por parte de ella, van sincronizando los latidos de sus corazones, unos caballos galopan, a la grupa del en que cabalga el capitán Ramón, para dar caza al héroe.

El Zorro ha oído en el silencio de la noche el acompasado golpe de los cascos en la tierra. Hay que huir rápidamente. Pero no se irá sin oír antes aquellas dulces palabras:

— Váyase, póngase en salvo, continúe siendo el escudo de la

víctima contra el esclavo en California y luego...

Ponga aquí el lector un poco de su imaginación, ya que forzoso nos es a nosotros abreviar el relato; rellene de episodios emocionantes esta laguna — episodios entre los cuales los hay de tan punzante interés como la persecución de Rosaura por el capitán Ramón, la prisión de la familia Pulido para rendir más fácilmente a la muchacha a los deseos de su perseguidor, lugar-teniente del gobernador — y asista con nosotros al momento en que, liberado el pecho de la angustiosa

espera por un suspiro, vemos al tirano y a su edecán odioso impotentes, plegándose a las condiciones que les imponen los sublevados, generosas condiciones por lo demás, y vemos al Zorro arrancarse la careta, que es en su mano como una antorcha con la que enciende la alegría en dos corazones: el de Rosaura y el de don Alberto. De que la gentil pareja vió sus sueños realizados, tenemos ahora noticia, aunque tardía, puesto que vamos a conocer las hazañas de *Don Q., hijo del Zorro* y heredero de su fuerza, de su nobleza y de su simpatía.

CAPITULO PRIMERO

De tal padre tal hijo

Por costumbre tradicional en la ilustre familia de los Vega — que una de las facultades del novelista es bautizar y confirmar a su antojo a las creaciones de su fantasía y Vega son ahora los que antes se llamaron Medinas — el primogénito de cada generación iba a realizar sus estudios a Méjico. Rta esta familia originaria de España y sus primeros miembros figuraron entre los nobles guerreros que fueron a la conquista del país, estableciéndose, desde el principio de la colonización, en California. Del esplendor de su vida a través de las distintas épocas, nos habían las numerosas haciendas, y más concretamente, la casa señorial en la que, sin llegar al amontonamiento de mal gusto, abundan los muebles y las joyas de un gusto depurado. Y de la identificación de la noble familia con el país en que se establecieron el amor de los criados, numerosos y fieles, el respeto de que aparece

rodeada en las personas del Zorro y de su hijo.

Reina en la casa, cuando se inician los acontecimientos que nos ocupan, revuelo inusitado que no estorba, sino que es parte y aun diríamos motor de la general alegría. Don César, el heredero, ha regresado de la capital para instalarse en la casa de sus antepasados, entre sus viejos criados, algunos de los cuales le vieron nacer. Su juventud optimista y esa movilidad que es el perfume de los veinte años le permiten apenas estarse tranquilo unos momentos. Pero si grita pidiendo su sombrero para salir, si reclama luego su látigo de California, si, como vulgarmente se dice, trae a la servidumbre de cabeza, la risa que le brota de los labios y de los ojos y de toda su gallarda persona, más gallarda aún bajo el ajustado traje nacional, tiene embobados a los mismos servidores, que como cosa propia y maravillosa le consideran.

— El coche os está esperando, señor, viene a decirle uno de los criados.

— Sí, sí, ya lo sé, mi gran Robledo. El día es espléndido y voy a saludarlo, antes de salir, con una salva. ¿No me traes el látigo, Lola?

Apenas lo tiene en la mano — recio y rígido en la breve empuñadura, dúctil, suavizándose cada vez más hasta terminar en una punta fina y movable cual la de un florete — don César lo extiende, recoge el brazo, lo baja rápidamente y suena, seco y enardecedor, el latigazo.

— Uno... dos... tres... Bueno. Vámonos. Adios a todos.

Desciende la escalera don César deslizándose por el pasamano. De un salto ocupa su lugar en el coche, cuyo tiro lo forman dos jacas blancas como de plata, y apoderándose de las riendas y al alegre trote de aquéllas se dirige al club de los estudiantes, establecido cerca del espléndido Palacio de la condesa gobernadora.

[Dichosa edad en que las preocupaciones no existen! Los estudiantes se han adormilado todos en la terraza, sobre los cómodos sillones de paja. Ni uno siquiera advierte la llegada de don César, al que su látigo, trazando cabriolas y estallando en el aire, anuncia sonotamente.

— ¿Qué pasa?

— ¿Qué escándalo es este?

— ¡Arriba los dormilones! — vocifera alegremente don César.

Uno de los muchachos, en cuyo derredor estallan los latigazos, amenaza, bromeando, con una botella que esgrime en la diestra:

— Quieto, salvaje; si no me dejas en paz, verás el tiempo que tarda en llegar esta botella a tu cabeza.

El látigo va y viene, en un movimiento rápido y el estudiante se encuentra en la mano con el cuello de la botella, partida como por un cuchillo.

— Bravo, don César.

— Muy bien; estupendo.

— ¿En dónde habéis aprendido a manejar el látigo con tan maravillosa destreza?

— Pero si no habéis visto nada todavía. Yo hago mucho más y mi profesor, que lo ha sido mi padre, llega a lo inconcebible. ¿No habéis oído hablar del Zorro y de sus hazañas?

— Claro que sí, — respondieron varios a la vez.

Don César sacó del bolsillo una cartulina:

— Es una invitación para el baile de la condesa, pero la podemos romper por que tengo otras. ¿Quién se atreve a tenerla en la mano?

— Yo mismo.

Y el que se ofreciera se colocó a unos seis metros de don César

quien, extendiendo el látigo por el suelo cuidadosamente y de un solo movimiento rápido arrancó un trozo de la cartulina.

Se repitieron las manifestaciones de entusiasmo y como uno de los estudiantes advirtiera la presencia en la terraza de un desconocido que se apresuraba a recoger los trozos de la invitación, le detuvo por el brazo, interrogándole con la mirada:

— Estoy aquí acompañando a don César. Mi nombre es don Fabricio Borusta.

Y como nadie pusiera ya su atención en su ondulante persona, se retiró a un rincón, sonriendo y conservando cuidadosamente los trozos de la invitación para el baile.

— Pues si hay quien se atreva — decía entre tanto don César a los compañeros que le rodeaban, — le apagaré la vela que tenga en la mano.

— A ver, a ver.

— Yo tendré la vela.

Como las veces anteriores, pero extremando su atención por el riesgo de tocar con el látigo la mano del amigo, don César retrocedió lentamente hasta el muro de la terraza, levantó el látigo y...

¡Sálvese el que pueda! Como por arte de magia desaparecieron los estudiantes al advertir que la punta del látigo de don

César, al iniciar éste el movimiento, había tocado en su alto gorro a don Sebastián, jefe de la guardia de la condesa, que acertara a pasar a caballo, en el preciso instante, por la calle a la que la terraza del club recaía. ¡Cualquiera le esperaba a pie firme, conociendo su genio y su orgullo, que le llevaban a considerarse a sí mismo sagrado e intangible!

Efectivamente, don Sebastián, al advertir que su plumero volaba y la dirección que seguía, detuvo en seco su caballo, se apeó de un salto, entregando las riendas a uno de los soldados que formaban su escolta y sin descomponer su arrogante figura se dirigió, con reconcentrada cólera, a la terraza del club. Seguro de sí mismo, sonriendo cortésmente, don César salía ya a su encuentro:

— Caballero, bien veo que he escogido mal lugar y mal momento para lucir ante mis amigos mi habilidad en el manejo del látigo. Os suplico que me perdonéis, en gracia a que la pequeña molestia no fué deliberada.

Un poco desarmado por las finas excusas, don Sebastián no pudo desmentir en esta ocasión su carácter:

— Bien está. Pero bueno es que sepáis, para lo sucesivo, que los que se atreven a molestarme ponen en grave riesgo las narices.

— Yo, caballero, y puesto que

estamos en vena de confidencias, os diré que tengo un extraordinario cuidado en seguir los consejos de mi padre, quien me ha dicho siempre: «Cuando no llesves la razón, confíesalo espontáneamente y con nobleza, pero si la llevas, pégala fuerte y sin mirar a las consecuencias...» Recordándolo ha tenido usted, hace un instante, mis excusas...

Don Sebastián dió media vuelta, alejándose majestuosamente, mientras los estudiantes volvían a la terraza a rociar curiosos a don César, que se encogía de hombros sin abandonar su sonrisa.*

DONDE CONOCEMOS A UNOS PERSONAJES MAGNÍFICOS

En el palacio del gobernador — donde ejerce con privilegios reales su jurisdicción sobre aquella comarca mejicana la condesa doña Isabel de Aliatar — se suceden ahora las fiestas, encuadradas en la magnificencia de los salones espléndidos. Se trata de agasajar cumplidamente al primo de doña Isabel, el muy noble don Pablo, barón de Chipre, que es agradable huésped de la gobernadora. Y las doradas cornucopias esperan el momento de reflejar las amaneradas inclinaciones de los bailes ceremoniosos, mientras las

personas que forman la corte de la gobernadora la rodean constantemente, con el deseo de complacerla haciendo los días agradables al huésped ilustre.

Un observador sutil ha hecho notar que cuando se quiere elogiar a una dama cualquiera, alabando su hermosura y su gravedad, dícese de ella que parece una reina, mientras el mejor elogio de la reina es encomiar su sencillez. En doña Isabel de Aliatar hallábanse estrechamente unidas la sencillez con la majestad. Su rostro agradable tenía, sin embargo, ese casi imperceptible rictus que dibuja en la fisonomía de los grandes la conciencia del Poder. Joven todavía, gentil bajo los pomposos vestidos de la época, se advertía en el aura de serenidad que parecía rodearla que no se había de dejar arrastrar a la injusticia por una pasión ni por un consejo.

Mientras algunas de sus damas y caballeros discretean formando grupos en el salón, doña Isabel juega con el barón de Chipre una partida de naipes. El ilustre don Pablo se encuentra en esa indefinible edad que rodea los cincuenta años. Ama la carne joven y el vino viejo. Tiene esa comprensión del que ha vivido mucho, y un fondo de nobleza aliado con un buen humor constante. Mientras con la mano izquierda sostiene los

naipes, aparentando reflexionar una jugada, su diestra busca la copa del néctar sabroso que ocultara, áleve, en la misma mesa sobre la que la partida se ventila, detrás de un pequeño mueble que la adorna.

— ¿No hay manera de que seas serio, querido Pablo? — interroga, sonriendo, la condesa, al descubrir la maniobra. — Un noble de tu alcurnia debe mostrarse en Méjico con toda la gravedad de sus aristocráticos blasones.

Don Pablo sonríe con graciosa picardía, levanta la copa que es inútil ya mantener oculta, y después de acariciar la blanca mano de la condesa, brinda con énfasis en la salud de la hermosa señora de este bello país, tierra ideal para el amor y para el ensueño.

Un gran alboroto de voces que irrumpen en la sala por los abiertos balcones viene en su ayuda, interrumpiendo la escena y atrayendo la atención de todos hacia la plaza. ¿Qué es lo que pasa? Para saberlo se pone en pie el barón rápidamente, le imita con pausa señorial la condesa y seguidos de damas y caballeros se dirigen a uno de los balcones que a la plaza miran.

Rodeados de gente que siguen con ansiedad el combate, cruzan sus aceros, ante el mismo palacio, el capitán de la guardia de

la condesa, don Sebastián y el impulsivo y simpático don César... Un soldado que maltrataba a un epelaco despiadadamente, don César que interviene, haciendo jugar su látigo que le pone a los pies, ligado de pies y manos, al barbarote, el capitán que, de regreso a palacio interviene a su vez para ayudar a su subordinado... y por naciente antipatía hacia don César.

— Soltad a este hombre inmediatamente — gritó al llegar don Sebastián, al tiempo que desenvainaba su espada.

Y don César le obedeció, desmenuzando también la suya y diciendo al capitán, al parar el primer golpe y antes de lanzarse al ataque:

— Recordad lo que hace una hora os dije... Ahora no hay duda: la razón está de mi parte.

Don Sebastián era un tirador verdaderamente notable, pero había encontrado un adversario no ya digno de él, sino más fuerte o, por lo menos, más sereno. Después de los primeros golpes asustados con ira y parados magistralmente, don Sebastián comprendió que le era precisa toda su sangre fría. Una abigarrada muchedumbre seguía ansiosamente los golpes y contragolpes, las fintas y las paradas y cuando a su apasionada curiosidad se unió la de las egregias personas

que, desde los balcones de Palacio, asistían al encuentro, más que duelo se dijera asistir a un torneo medioeval adornado con la presencia de la corte.

— Nunca me he divertido tanto desde que he regresado a mi casa — decía don César, sin dejar de parar y de responder a los golpes de su adversario. Y como éste callara y siguiera atacando cañudamente, le advirtió, siempre sonriendo:

— No os enfadéis con vos mismo si os fallan vuestros mejores golpes. Mi padre es la mejor espada del país y yo su mejor discípulo...

De súbito, la muchedumbre que llena la plaza se agita, se disgrega, emprende una fuga pánica. De los corrales de la plaza de toros se ha escapado uno de los cornúpetos y, arrollando y volteando a cuantas personas encuentra a su paso se dirige hacia el lugar donde el lance se verifica. Quedan solos, atentos al combate, los adversarios. Don César, que por la posición en que se encuentra es el primero en ver llegar a la fiera, tira al suelo su espada, da un salto que al atraer la atención del toro libra a don Sebastián del fiero impulso de ésta y, cogiendo su capa que arrojara antes a tierra para combatir, se dirige a un guardacantón cercano. Rápido como una cen-

tella, ata su látigo a la columna de piedra, con la capa llama la atención del toro y cuando el animal se lanza sobre aquélla con ciego impulso, queda ligado por los cuernos y derribado impotente.

La condesa, que desde el balcón seguiera con interés primero el combate, con ansiedad después la irrupción de la fiera y las manichras de don César, se vuelve a los que le rodean, palpitante de emoción:

— Es verdaderamente valiente y audaz. Me agradaría conocer personalmente a ese joven.

— Nada más fácil, señora. Voy a dar aviso para que lo traigan a vuestra presencia.

— Si, sí, yo también quiero conocerle — dijo el barón de Chipre.

Los mismos sentimientos de simpatía y admiración, aun más vehementes porque habían visto más de cerca el peligro, estallaban ruidosamente entre los grupos que volvían a llenar la plaza y que, entre aplausos y vivas, acabaron por tomar a don César y llevarselo triunfalmente en volandas...

DE MEJICO A GRECIA

No iba muy cómodo, aunque fuera satisfecho don César en tan agitado vehículo. Sobre

todo, que como bromita le parecía bastante y no estaba dispuesto a dejarse pascar por la ciudad como un pelele, aunque en el pasco pusiera la muchedumbre su mejor buena fe. Por lo cual, en un momento dado, se desligó de los que con entusiasmo lo llevaban en hombros, ganó de un salto formidable unos metros de delantera a los manifestantes y seguido de éstos, que no se avenían a perder al ídolo del momento, corrió, corrió atropellando a los que le estorbaban la pintoresca fuga. Como los otros le fueran a los alcances, recurrió a su látigo, una vez más y lanzándole al enrejado de un balcón, de modo que quedara sólidamente atado por la punta, se encaramó hasta aquél, burlando alegremente a sus amistosos perseguidores.

De un salto pasó del balcón a un terrado. Se deslizó por el muro de un jardín y de otro salto hallóse en el florido recinto desconocido.

Avanzando cautelosamente para no alarmar con su brusca presencia a los moradores, se encontró don César ante una pequeña plazoleta en cuyo centro... ¡Dios de Dios! ¿Estamos en México o en Grecia? Viene a cuento la pregunta de que en la pequeña plazoleta enarenada, teniendo como fondo y dosel la pomposa flo-

ración del cuidado jardín, se yergue, con indumento y peinado y gracia helénicos una joven que se difía una estatua por su actitud hierática si bajo la tela fina de la túnica no se advirtiera el dulce palpitante del pecho virginal y los ojos no obsecutecieran con su luz la claridad esplendorosa del día.

No, no es una estatua, sino que se trata de copiar en barro primero y en blanco mármol más, tanto lo que de estatua hay en aquel cuerpo gentil. El artista, con su boina y su melena tradicionales, trabaja en el difícil empeño, dando a don César la espalda. Y don César, un momento deslumbrado, temeroso después de que una palabra importuna delate su presencia al escultor, que parece malhumorado y gruñón, no tarda en llamar silenciosamente sobre sí la atención de la adorable modelo. Ni una palabra rompe el silencio, pero sus gestos de asombro hablan por él bastante la risa que se enaja en sus blancos dientes, que desborda por los ojos luminosos, acaban por desarmar a la muchacha que olvidando que es un desconocido el que tiene delante, acaba por reír también, contagiada de tan juvenil optimismo, de tan graciosa inquietud. Y sin una palabra, con mirarse sólo, han dicho más o menos:

— No se mueva, señorita, ni se



No os extrañéis de que os fallen vuestros mejores golpes, señor capitán...
 ¡No padre, el «Zorro», es la mejor espada del país y yo su mejor discípulo.



La condesa doña Isabel de Altair y el barón de Chipre, su parente y anfitrión, hacen subir a palacio a don César de la Vega para felicitarle por su audacia y su valentía.



En el bodigón, donde fue acompañada a turno de Chipre y al capitán don Sebastian, don Al, hijo del «Loreto» va a demostrar que lo mismo mata la sedada que se mueren «cintra patallas»...



Después de salvar la vida al barón, don César de la Vega tiene a raya a los vándalos del «distinguido» establecimiento, de los que ninguno se atreve a salir del pasillo. Temerosos de la espada que es como un rayo en la mano del joven...

avista. Estoy dispuesto a convertirme en estatua también para quedarme aquí eternamente, al amparo de vuestra gracia.

— ¿Quien es usted? Cómo ha entrado en mi casa y cómo se atreve a hablarme?

— Para decirle todo eso voy a echar de aquí a ese salbañil que no hace más que reñirle porque no se está quieto. Le tiraré una piedrecita... Así... Vaya, ahora cree que es usted la que se burla, mucho más porque usted no puede ya contener la risa... Voy a repetir la suerte... No, no... No adelantamos nada... ¿Qué dice usted? ¿Que está un poco más lejos otra persona que...? Pues hombre! justamente es lo que yo necesito; ahora verá...

Y ocultándose entre las plantas llegó don César al lugar a donde la viviente estatua había dirigido la mirada. Dormía allí, reclinada suavemente en cómodo sillón la vigilante rodrigona. Don César se dirigió a la fuente que rimaba su monótona canturía e inclinando el tubo de dorado metal le dirigió hacia el rostro de la buena señora y se ocultó con su rapidez habitual.

La rodrigona, interrumpido su sueño por la imprevista ducha, despertó dando gritos. El escultor, alarmado a su vez por el escándalo, se precipitó en su soco-

ro y mientras ambos se dirigen a la casa, don César acudía a presentarse a la bella.

— Yo soy, señorita, don César de la Vega. Por circunstancias que sería largo explicaros ahora, he entrado en vuestra casa de un modo inconveniente, lo confieso. Pero, puesto que estaba ya dentro, no podía marcharme sin deciros que os tomáis un trabajo inútil y se lo daís también a ese buen hombre. Por mucha inspiración que tenga, no va a poder perpetuar en mármol vuestros encantos...

— Sois demasiado atrevido, caballero, y no sé si sois también demasiado galante...

— Poned mi atrevimiento a cuenta de las circunstancias y mi galantería en la de vuestra belleza... Ya os dije mi nombre... ¿No sería yo tan dichoso y vos tan caritativa que pudiera llevarme el vuestro para, al menos, repetírmelo a solas?

— Me llamo Dolores Muto.

— Debí adivinarlo, porque no pudo escogerse otro que harmonizara mejor con vuestra poética y delicada hermosura... Vienen a prenderme, sin duda, porque veo allí a un adversario mío de hace unas horas... Pero sabréis de mí, porque ya no me será posible dejar de buscaros...

Cuando se dió a la guardia de Palacio la orden de conducir a la presencia de la condesa al hombre del látigo, ya estaba don Sebastián en su puesto. Salíó él mismo, con un piquete, en busca de don César y como no le hallara en la plaza ni sus alrededores, iba preguntando aquí y allá:

— ¿Dónde está el hombre del látigo?

Insinuante, servicial, a la manera bajuna como solía serlo, se le acercó don Fabricio Borrasta:

— Yo puedo decirte donde está, capitán. Dignaos seguirme.

Y sujetándose las gafas con su eterno gesto de miope, don Fabricio se dirigió, seguido del capitán (que ni le miraba siquiera, desde la cima de su desdén) y de los soldados, a la casa del general Muro. Don Sebastián dejó a los soldados junto a una de las tapias del jardín y penetró en él, resuelto y respetuosamente.

Era el general Muro dueño de la casa y padre de Dolores, consejero de la condesa Aliatar. Con sus patillas cortadas al estilo de la época, su continente altivo, su pálida cara, en la que la mirada ponía una nota de nobleza y duzura, vino al encuentro del capitán, que avanzaba por el jardín.

— Buenas tardes, mi general. Busco a un hombre que debe de

haberse introducido furtivamente en los jardines de vuestra casa y al que se me ha ordenado en Palacio detener — se adelantó a decir don Sebastián, al tiempo que saludaba militarmente.

— Nadie me ha dicho nada ni hemos advertido aquí la presencia de ese hombre. Justamente se hallaba en el jardín mi hija...

Siguiendo la mirada del general alcanzó don Sebastián a ver a Dolores que después de despedir a don César permanecía junto al lugar por donde desapareciera, un poco ensimismada.

— ¿Es vuestra hija Dolores aquella señorita? Pero, mi general, ¿dónde la habéis ocultado hasta ahora?

— En Inglaterra. Ha estado hasta hace poco en un convento en el que ha recibido educación.

— ¿Me permitiréis ofrecerla mis respetos? — insistió don Sebastián, en el que, visiblemente, los encantos de la señorita habían producido una fulminante impresión.

— ¿Y como no? — contestó el general, complacido en el fondo. Y adelantándose unos pasos con don Sebastián:

— Dolores — dijo — Tengo el honor de presentarte al capitán de la guardia de la condesa, mi amigo don Sebastián.

Inclinóse el capitán, mientras

saludaba otra vez militarmente y sus labios se entreabrían en una fina sonrisa.

— Harto se comprende al veros, señora, con sólo miraros, la necesidad de que las joyas tengan su estuche, porque si estuvieran corrientemente a la vista de todos suscitarían demasiadas tentaciones y deseos.

Isabel, a la que no le fuera simpático el capitán, pese a sus rendidas palabras, se limitó a contestar al saludo con una ceremoniosa reverencia. Pero esta fría recepción no fué parte a desalentar a don Sebastián, quien volviéndose hacia el general preguntó:

— ¿Me concederéis el honor de visitaros de nuevo?

— Para mí será el honor, caballero. Esta noche, justamente, ha de venir el barón de Chipre a mi modesta casa y puesto que vos soléis acompañarlo...

— Vendré esta noche. Y ahora permitid que me retire, excusando mi intempestiva visita. Ya veo que me habían engañado al informarme de la presencia en vuestra casa del hombre del látigo.

Y tras un nuevo y rígido saludo, el capitán salió sin paramientos en la presencia de don Fabricio, quien, desde cierta distancia, fisionaba curioso, siguiéndole más tarde con la docilidad y la humildad de un perro.

Cuando don César se encaramó por la fuente de policromados mosaicos sobre el muro del jardín y, prendida el alma en las miradas de Dolores se dejó deslizar a la calle, encontrése por desdichado azar entre los soldados que acompañando al capitán fueron en su busca. Detenido, pero con la tranquilidad del que nada tiene que reprocharse, se dirigió don César hacia el palacio de la condesa. Ya en él y acompañado de un oficial fué conducido a presencia de doña Isabel, que, rodeada de su corte, le esperaba.

— Soy, señora, César de la Vega, de California — dijo presentándose, después de un saludo respetuoso.

— ¡Don César de la Vega! — exclamó la dama, contemplándolo amablemente. Es un agradable conocimiento, porque mi padre era gran amigo del vuestro y sentía por él verdadera predilección.

Y añadió, volviéndose a su primo.

— Te advierto, Pablo, que los antepasados de don César constituían una de las más nobles familias mejicanas.

Don César agradeció el elogio con una nueva inclinación.

— ¿Dónde aprendisteis a ma-

nejar con tal habilidad el látigo y la espada? ¿Quién fué vuestro profesor?

— Fué mi padre, señora, y no debo yo elogiar habilidades que, puesto que lo conocéis, os son conocidas.

Interrumpiendo el diálogo llegó don Sebastián en este instante. Como a él llegara simplemente la orden de detención, supuso, al ver en el salón a don César, que había logrado introducirse allí para pedir gracia quizá, y con reconcentrada cólera exclamó:

— ¡Fuera de aquí, intruso. Ségame al cuerpo de guardia!

Pero la condesa le detuvo con un gesto:

— Nadie moleste al caballero don César, que me es muy querido y al que nos complacerá ver con frecuencia.

— Y a mí también me complacerá — intervino don Pablo, al que la viveza, la gallardía y el valor de don César habían conquistado rápidamente. — ¿Tenéis esta noche muchas ocupaciones? ¿No? Pues lo celebro. Así podremos salir juntos.

— Id vos también, don Sebastián — dijo la Condesa. — El uno es demasiado joven e impulsivo y el otro demasiado confiado. Espero de vuestra seriedad para evitar desagradables aventuras nocturnas...

CAPITULO II

La noche, aliada de los ladrones y de los enamorados

En la clara serenidad celeste la luna llena es como refulgente fanal de alabastro. Aunque es prima noche, las calles están desiertas y silenciosas. De lejos llega el rumor marino y de tanto en tanto surge, rasgando el silencio, como una flecha, una dulce canción, una de esas canciones coloniales suaves como una caricia.

Don Pablo, acompañado de sus amigos, se deja conducir en un destatulado coche de alquiler en busca de aventuras. Visten el barón y don Sebastián el fraque ceremonioso y se tocan con sendos sombreros de copa. Don César luce el traje charro y la capa española. Una cena regada con vinos generosos a los que don Pablo profesa tan singular estima prepararon su espíritu, pues sabido es que para

la mayor parte de las fiestas hay que llevar dentro la alegría.

— Amigo don César, vamos a correrla con todas las de la ley... Jò, jò... ¿Decís que en la bodega de Antonio?... Ah, que estamos ya en la bodega de Antonio... Jò, jò... Pues adentro, adentro...

El barón ilustre no parecía muy bien avenido con las leyes del equilibrio, que siempre fueron mal conocidas por los que se aficionaron, por el conocimiento íntimo de sus productos, al estudio de la vinicultura. Apoyado en el brazo de don César, seguido del altivo don Sebastián, al que la presencia de su adversario amargaba la fiesta, penetró en la bodega, anticipo de los modernos caharets, y en la ocasión siniestra caricatura de los mismos.

Imagínese una habitación baja de techo, unos quinqués pendientes del mismo, unas mesas de pino que en su superficie perdieran, con el correr del mosto, su primitiva alhara, unas mujeres agitanadas a las que daban cortejo algunos tipos equivocados, uno de los cuales hacía gemir destemplada guitarra, y sabréis, con poco que complete el cuadro vuestra fantasía, el lugar en el que entraron, luego de descender una veintena de escalones, los jueguistas ilustres.

Forman las mesas un círculo, en cuyo centro teje sus danzas una bailaora descocada, de un desgarrada belleza. Excitada por las libaciones y los gritos de los espectadores, gira sobre sí misma, levanta las piernas y agita en rima, como una epiléptica, sus carnes pecadoras. Con la familiaridad que establece la mutua degradación se acerca a los recién llegados, que no encontraron asiento todavía, y a pocos pasos de ellos, mientras don Pablo ríe y don Sebastián acentúa su gesto severo, prosigue su danza.

— A mí no me desafían impunemente, don Pablo. Voy a marcarle yo también «cuatro patitas» — exclama don César, lanzándose en medio del círculo y acompañando la acción a la palabra.

— Bravo, bravo, don César. Jé, jé... Pero usted sabe hacerlo todo... Jé, jé... Oiga, mentor ilustre... caballero capitán... Jé, jé... Desarrague usted el ceño... La chica lo merece...

Y mientras don César y la muchacha bailan y a don Pablo se le van encandilando los ojos, entre los demás espectadores va cundiendo el malestar. Molestos, sin duda, por no merecer la atención de los visitantes, se encargan de fomentarla las mujeres, dirigiéndose al «guapo» del cotarro, al amigo de la bailaora:

— Ya puedes estar contento, les gusta tu novia.

— Mira el viejo, como se le encandilan los ojos.

— Y a Guadalupe también le gusta el gustarlos, «mía» tá esta.

En una de las vueltas, la bailarina pasa cerca de don Pablo, que interrumpe la danza, cogiendo a la muchacha por la cintura. Como viejo despreocupado y libidinoso, le acaricia la cara, sin cuidarse de los otros.

Entretanto, el chulo, excitado por sus amigos, ha hecho cesar la música. Torvaemente y con disimulo, aunque no tanto que su ademán escape a la atención de don César, ha empuñado una formidable navaja y cuando va a asestar a don Pablo el golpe mortal, la acerada hoja tropieza con una bandeja interpuesta por

don César oportunamente y en ella queda clavada.

Prodúcese en el acto formidable revuelo. Critan, arremolinándose, las mujeres. Brillan a la vacilante luz las navajas y mientras don Sebastián arrastra a la calle al barón, cubre la retirada con su cuerpo y con su espada don César.

— Pero ¿vamos a dejar encerrado con todos sus enemigos a don César? — pregunta el barón, ya en la calle, al ver que el capitán cierra la puerta de la bodega, llevándose la llave.

— Don César ha salido por la otra puerta — miente don Sebastián. — Vámonos, vámonos antes que toda esa gentuza venga a nuestro encuentro.

Y ocupando los dos el coche, se dirigen a la casa del general Muro, por el cual habían sido, como se recordará, invitados.

* * *

Retrocediendo lentamente para no perder de vista a ninguno de sus traidores enemigos, don César va subiendo la escalera, mientras su espada en incansable molinete tiene un espacio constantemente abierto ante él. Con la siniestra mano tantes, al llegar a ella, la puerta y la encuentra cerrada. ¡No importa! ¡Ha de morir un hombre como él a manos de

tales hombres? Y como no lo piensa ni un momento, al torvo gesto de ellos responden sus carcajadas alegres y los golpes de su espada que parecen multiplicarse.

Un avance repentino lo sitúa de nuevo en el centro de la habitación. Ha visto otra salida y es preciso ver a donde conduce. A uno que trata de ganarle la espalda lo tumba de un cintarazo y sin dejar un momento de girar su brazo logra ganar la puerta. Con rapidéz alcanza el extremo del corto pasillo. Concentrados en él sus adversarios le resulta más fácil hacerles frente, que nadie quiere ser el primero que pase, seguro de que será el primero que muera. Pero la situación no puede prolongarse, ni a don César le es posible volver un segundo la espalda.

Una idea le hace sonreír nuevamente. Resguardándose un poco, al pegarse al muro, de la vista de sus adversarios, denota su presencia, sin embargo, con el ir y venir de su espada. En un momento coloca el arma en unas enredaderas que adornan el recinto, junto a la puerta misma, e imprimiéndole un movimiento de vaivén, que rima con el que mantenía su brazo, se escabulle rápido. Y mientras escala unos tejados hasta llegar a la calle — los instantes precisos que ne-

cesitaba, — los adversarios, navaja en mano, siguen esperando el momento del asalto ante una espada de la que sólo ven la punta y que sostienen y columpian cada vez más suavemente unas plantas perfumadas...

EN LA CASA DEL GENERAL MURO

En honor de sus visitantes está toda la casa iluminada y sus dueños vestidos de gala. Realza la severa y enérgica silueta del general el fraque ceñido y el alto cuello. Y presta a Dolores su mejor servicio la sencillez de su tocado. Negro el cabello, partido en dos bandos que sirven de marco al óvalo del rostro dulce y pálido, negros los ojos, y grandes y profundos, sería difícil precisar dónde acaba la seda del corpiño y dónde empieza la del cuello de cisne, la de los brazos torneados, a las que sirven de remate las manos de largos dedos, blancas como magnolias.

Mientras el general hace los honores a don Pablo y don Pablo a los licotes, el capitán don Sebastián siente acrecerse a la vista de Dolores, ante sus palabras discretas, y quizá también ante su frialdad, el incendio que por la mañana prendiera en su pecho.

— Hace un momento, señori-

ta, me preguntaba el barón el motivo de mi impaciencia. Ahora que la conoce se lo explicará mejor, pues no se comprende que se os pueda ver una vez y vivit ya alejado de vuestro lado.

— ¿Pues acaso puede inspiraros más interés que el de una curiosidad pueril?

— Algo más que curiosidad me inspiráis y no os engañaría diciéndoos que al encontráros esta tarde comprendí que vuestra persona pone en mi camino luminosas perspectivas de esperanza, anuncios de venturas por conseguir las cuales arriesgaría la vida.

— Me permito esperar que no habréis hallado en mi conducta algo que alentara esos sentimientos.

— A su tiempo los compartiréis, que no se ha visto nunca una persona que se aproxime demasiado a un incendio sin quemarse.

— Oiga, don Sebastián — interrumpió don Pablo. — El general no conoce París. Decidle vos... porque a mí, con este calor... los recuerdos se... me confundo... jé, jé...

Una canción de amor, melódica, apasionada, llegó a la sala. Nadie le prestó oído, atento don Sebastián a complacer al general; el general al relato que el capitán le hacía y don Pablo al exquisito vino que en esbelta

botella, de largo cuello, le esperaba. Sólo Dolores palideció levemente al adivinar, mejor que conocer, al cantor y — ¡oh simulación femenina, que no cambias a través de los siglos! — salió murmurando una excusa:

— Perdonen un instante. Voy a buscar mi pañuelo.

Se desembarazó con otra excusa de su rodrigona, que en la habitación inmediata dormitaba, montando la guardia, atravesó con rápido paso alado las otras estancias y al llegar a su cuarto cogió, para arrebujarse, una blanca mantilla de blonda que fué indudable acierto, más que para preservarla del relente nocturno, para velar suavemente los ojos que, como dos estrellas, brillaban en la noche.

Abrió el balcón. Abajo, en la calle, tañía don César la guitarra, entonando su endecha con voz bien timbrada. Apenas escapado de la taberna, de dónde se trajera la guitarra que le sirviera con la espada, en los primeros momentos, de defensa, ocupó un coche que acertó a pasar vacío e imaginó ofrecer a su amada una serenata. Y bajo la luna romántica, cómplice de los enamorados, se le oía cantar:

En alas del amor
escalaré las más altas murallas
para llegar a ti...

Se interrumpió al ver en el balcón la silueta de Dolores:

— Aguárdaos un instante... Un instante nada más...

Y trepó ágilmente, sin darle tiempo para realizar la retirada que la joven iniciara.

— ¡Por Dios, es una locura! He salido un momento del salón y debo volver. ¡Si alguien le viera a usted!

— No se marche, Dolores.

Y para impedirle cerrar el balcón le cogió la mano, que temblaba como una paloma aprisionada entre las del galán.

— ¿Qué mal hay en que haga música al pie de su balcón, como tantos otros? Se irá usted en seguida.

No saltaba la mano, que comenzaba a abandonarse. La volvió don César:

— Escúcheme, Dolores: ya no me río como esta tarde. Yo sé que las criaturas tienen fijado su destino y en la palma de la mano lo llevan escrito. Déjeme usted leer... A ver... Dice esta raya que vendrá un hombre de California, moreno, audaz y apasionado, que se os aparecerá de repente en vuestro camino y que os ofrecerá rendidamente su corazón...

— ¿Sois vos, quizá, ese hombre? — preguntó Dolores con sonrisa pícar.

— Me parece que sí. Está es-

crito, Dolores, y si me permitís que ponga mi firma donde veo señalado nuestro destino...

Y don César besó la blanca mano que otra vez temblaba entre las suyas...

* * *

— No he de deciros, mi general, la impresión que vuestra encantadora hija ha producido en mí. Vos me conocéis y habéis tenido ocasión de tratarme a fondo y de conocer mis defectos y mis cualidades. Por manera que si pudiera parecer prematura cualquier otra pretensión, me parece que puedo pedirlos el honor de ser considerado pretendiente a la mano de Dolores.

— Para mí es el honor, caballero. Sólo quiero advertiros que mi hija es joven y, sobre todo, que su corazón es el que debe elegir...

Mientras estas razones se cruzaban entre los dos caballeros, don Pablo, cerca de una ventana, ingurgitaba copa tras copa, solitario y alegre. Al mirar, entre dos tragos, a través de los cristales, acertó a ver en uno de los balcones de la casa — que doblaba su fachada en ángulo recto — la romántica escena de la que Dolores y don César eran prota-

gonistas. Y como en el instante mismo cogiera al vuelo algunas de las palabras con que el capitán exponía sus pretensiones, rompió a reír alegremente y se dirigió, vacilante, a los otros, balbuceando:

— Una boda... sí... jô, jô... Me parece que sí... Jô, jô... Me parece que vamos a tener una boda... Dolores...

— ¿Dónde está Dolores? ¿No ha vuelto todavía? — preguntó el general y llamó:

— ¡Dolores, Dolores!

Cerró ésta el balcón, precipitadamente y mientras don César se dejaba deslizar a la calle, ella acudió al salón a tiempo en que, ya en pie, se despedían los visitantes. Se renovaron las palabras de cortesía y don Pablo, entre borracho y socarrón, volvió a acercarse a la mesa para coger una copa y levantarla:

— Por usted, Dolores. Y también por el hombre más simpático que cobija el fulgente sol de Méjico... Jô, jô... Por un hombre que además de otras cosas... sabe tocar la guitarra y conmover con sus serenatas a ciertas damas... Jô... jô... Venga esa mano, capitán... Tendremos boda... Já, já, já... Tendremos boda...

CAPITULO III

Oro, seda, amor y sangre

La fiesta en el palacio de la condesa Isabel se encuentra en todo su apogeo. Junto a los uniformes enajados de oro, los negros o azules vestidos de etiqueta de los caballeros, resaltan con sus vivos colores los trajes de las damas, sus escotes albos, el brillo de la pedrería. Estamos aún en la buena época en que — como ha observado más tarde un sutil humorista — se exageraba el respeto a las señoras para hacer más ácido y gustoso el momento de perderselo. Se sucedían, pues, las reverencias pausadas, y bajo el derroche de luz de las encendidas arañas, era un ininterrumpido rumor de galantes palabras, de saludos ceremoniosos, de invitaciones que se aceptaban o denegaban entre sonrisas.

Un poco asombrada de tanto ruido, de tanta luz, Dolores entró en el salón del brazo de su

padre. Saludó a la condesa graciosamente y, abandonada a sí misma, fué a ocupar puesto en un sofá un poco apartado. Al instante hubo de levantarse otra vez para saludar a don César y a don Sebastián, que momentos después se sentaban a uno y otro lado de la joven.

Callaba Dolores, por no herir al amante si se dirigía a don Sebastián y por no despertar los celos de don Sebastián si hablaba a su amante. Y callaban los dos caballeros sabiéndose nuevamente adversarios y temerosos más cada uno de sí mismo que del otro. Y la embarazosa situación se prolongaba, mientras seguía girando ante sus ojos el «carrousel» brillante y sonoro: oro, seda, amor...

Por fortuna, don Pablo acertó a ver a Dolores, a la que se acercó amablemente. Una reverencia gentilmente correspondi-

da, una mano que se tiende y he aquí a Dolores que se aleja con el barón, abandonando a sus enamorados.

— Yo sé de una señorita — iba bromeando el barón — casi tan bella como vos, que abandona a los invitados de su padre para oír una serenata...

Y en este tono continuó haciendo empurpurar el rostro de Dolores, para acabar acariciándole.

Los dos caballeros habían quedado solos, pero con las miradas seguían al objeto de su amor. Al ver el ademán del barón se contrajo el rostro del capitán, a quien, no obstante, contuvo el respeto. Menos dueño de sí o más vehemente, don César palpó de modo inconsciente el puño de su espada y como un rayo se adelantó hasta interponerse entre don Pablo y su amada.

— Excelencia, creo que nos olvidamos un poco de las reglas de la etiqueta.

Y al decir esto, su voz temblaba y fácilmente se advertía cómo necesitaba esforzarse para no castigar al que osara poner su torpe mano en el rostro de Dolores.

Pero el barón, con su risita eterna, lo sacudía, cogiéndole por el brazo:

— ¡Oh juventud, juventud! ¡Cuánta vehemencia y cuán poca

gratitud para los que se desviven por favorecerla! ¡No habéis advertido que os traigo la novia a este rincón para libraros del otro pretendiente?

Agradeció estas palabras con una sonrisa don César y el barón prosiguió:

— Ahora me llevo al capitán a jugar a las cartas. Y espero que comprimiréis vuestros impetus, don César.

Y se alejó, en busca de don Sebastián.

AMPLIAMOS NUESTRAS RELACIONES CON CIERTA PERSONA RIDÍCULA

Era don Fabricio Borusta un humilde sujeto que viviendo de una modesta renta, en una guardilla más que modesta, aspiraba a más altos destinos. Para lograr sus sueños no confiaba en su talento, ni en su esfuerzo personal, que harto sabía, por fracasadas tentativas, que para una seria labor estaba mal preparado, y aunque no se lo confesara a sí mismo — por la dificultad de que uno se haga estas confesiones, — tenía la sospecha de que si alguien hubiérase llegado a su cabeza y hécchola sonar con los nudillos, habría hallado en ella el vacío de los espacios interplanetarios. Pero, lo que es

muy frecuente por desdicha, lo que le faltaba de ciencia o de talento lo suplía la malicia, y lo que no le diera Dios de personal simpatía, con un servilismo que lejos de agradar, repugnaba.

Don Fabricio aspiraba a penetrar en el gran mundo, a la caza de una intriga, de un secreto que pudiera explotar, y también con el deseo de brillar, que es propulsor de muchas bajas acciones. Por eso recogió cuidadosamente los trozos en que rompiera don César con su látigo una invitación para el baile de la condesa, y ya en su humilde vivienda, los unió de nuevo sobre un papel de seda, pasó una plancha caliente sobre la invitación — previamente cubierta por un trapo — para dejarla bien tersa... y se introdujo como un invitado más a la brillante fiesta en el palacio de la condesa Isabel.

Perdido entre la gente que ni siquiera lo miraba, don Fabricio, con su cara rasurada, molettuda y redonda, con sus gafas de gruesos cristales, sonreía a todo el mundo, observaba los movimientos de cada uno, daba, en fin, la impresión de que tenía puesta en venta su alma y no por ninguna espiritual Margarita, cual otro Fausto, sino por un poco de poder o de dinero.

Pegajoso, inoportuno como todos los serviles, se aproximó

al capitán, que lo rechazó malhumorado. Le siguió, no obstante, hasta el salón a que momentos después le arrastraba don Pablo, invitándole a una partida de naipes. Pero como le cerraron la puerta en las narices hubo de buscar otras personas a las que servir o espiar.

Pronto fijó su atención en la enamorada pareja que conocemos, que al verse observada buscó refugio en uno de los balcones. Don Fabricio pudo ver cómo don César empujaba dulcemente a Dolores y salía con ella al balcón, cerrando tras de sí las puertas de cristales. Pero su curiosidad no pudo satisfacerse como la nuestra, oyendo el diálogo:

— Perdóneme, Dolores, si obro con demasiada vehemencia. No pueda el amor contenerse en meditado y vulgar comedimiento cuando es una ardiente pasión la que lo inspira.

Dolores, a la que las bromas del barón inquietaron un poco y que se sentía satisfecha de esta misma vehemencia, prueba de la verdadera pasión que inspiraba a don César, hubo de responder, sin embargo:

— ¿Y cómo queréis que os perdone, cuando añadís a una violencia otra violencia? ¿No os dais cuenta de que me tenéis secuestrada?

— No hagáis burla de mis sentimientos, Dolores. Os adoro y ni yo mismo me doy cuenta de la manera cómo en tan pocos días os habéis enseñoreado de mi alma. Os adoro, Dolores, y mi amor es como torrente impetuoso que, salvo a vos, arruinará todos los obstáculos que le salgan al paso. Pero ¿seréis vos el obstáculo? ¿Verdad que no, Dolores? ¡Oh! Haced que oiga yo una palabra vuestra de esperanza, una sola, y me haréis el hombre más feliz del planeta. ¿No respondéis?

Bajo Dolores la cabeza, empujando el rostro y palpitante el seno. Tendió sus manos al amado, que murmuraba incoherentes palabras para expresar su dicha... y una vez más se oyó, bajo el azul romántico, junto al mar que parecía arrullar a los amantes con su blando rumor, la canción eterna, promesas y juramentos, ensueños de venturas dichos al oído y mirándose uno a otro tiernamente a los ojos...

De su ensimismamiento vino a sacarlos la voz dulce y enérgica a la vez del general Muro:

— ¿Qué hacéis aquí, Dolores?

Vuelta a la realidad, la joven acertó apenas a explicar:

— Estaba... Papá, te presento a don César de la Vega, de California.

Abrió el general los brazos,

muy complacido, mientras exclamaba:

— Su padre es un gran amigo mío. ¿Cómo lo ha dejado usted? ¿Y por qué no ha venido a visitarnos? No tengo que decirle que nuestra casa y nuestra fortuna están a su disposición...

DONDE TRANSPONEMOS EL UMBRAL DE LA TRAGEDIA

— Se me antoja — decía el barón de Chipre al capitán, mientras barajaba los naipes — que hice mal en invitaros a jugar. (Una pausa para beber y una risita). Lo digo porque como no sois muy afortunado en amores, me vais a desplumar...

Y como el capitán, irritado por tener que recluirse con el barón lejos de la fiesta y, sobre todo, lejos de Dolores, permaneciera silencioso, el barón añadió, a tiempo que repartía los naipes:

— Me parece que no os avenís con resignación a la idea de perder...

— ¿A perder en qué... señor barón?

— En la partida que más os importa... (Otra risita). Pero, en fin, vamos a la nuestra...

Cayeron sobre el tapete las primeras cartas y, en contra de lo que el proverbio popular supone, el capitán perdía también

en el juego. Buena parte de ello debía cargarse a la cuenta de la poca atención que ponía en la partida, entregado como estaba a otras reflexiones que le impedían discurrir en las combinaciones de los naipes.

La puerta, que guardaba un criado uniformado, se abrió suavemente y suavemente también se deslizó en la sala don Fabricio Borusta, que servil como siempre llegaba buscando el modo de halagar.

— Excelencia — exclamó suponiendo que de este modo era grato al barón de Chipre, cuya simpatía por don César había creído adivinar. — Acabo de presenciarse una tierna escena, hace un momento, entre don César de la Vega y doña Dolores Muro. Deberíais interponer vuestra influencia para hacerlos felices...

Se levantó el capitán, y furioso y sin decir palabra abandonó la estancia. Sin reparar en él, contestó don Pablo al entrometido don Fabricio, simulando un cómico enojo:

— ¿Cómo se atreve ese tunante? ¡A ver, id a traerme en seguida!

Esponjado de alegría, viéndose, por fin, honrado con un encargo, corrió don Fabricio a buscar a don César, a quien comunicó simplemente que el barón de Chipre deseaba hablarle. Y te-

meroso de haber ido demasiado lejos en su oficiosa intromisión le siguió a cierta distancia, no atreviéndose a penetrar tras él en la sala en la que el barón esperaba.

— Adelante, don César, adelante — gritó don Pablo, si alegre siempre, más alegre a estas horas de la noche, cuando había bebido ya lo bastante para tumbar a otro hombre menos resistente. — Venga usted aquí para recibir mis parabienes. Ya sé que habéis sabido aprovechar el tiempo. Ya sé que Dolores os ama y que no ha tenido reparo en demostrároslo.

— ¿Quién os lo dijo? De seguro será algún curioso fisgoneador, majadero e impertinente.

Don Fabricio esperaba prudentemente tras de la puerta, con el oído atento al diálogo. Y al entreverle, el barón soltó la carcajada, encantado de la escena.

— Pase — gritó, — que pase el fisgoneador.

Entró don Fabricio, temeroso de alguna violencia. Rápido le enganchó don César entre sus dedos de hierro la achatada nariz, y mientras el barón se retorció de risa le hacía dar vueltas, como los domadores hacen para que baile el oso al que sujetan de una cuerda.

Don Pablo no se había reído más a gusto en mucho tiempo.

La cólera de don César, el cómico temor de su víctima del momento, los ridículos ademanes de don Fabricio para escapar eran, ciertamente, para despertar el buen humor del hombre más entristecido. Deseoso de hacer participar a los demás de la comicidad de la escena y olvidando, con la inconsciencia que le daba el vino, de la situación de ánimo en que don Sebastián se hallaba, pasó el barón a la habitación inmediata para buscarle.

El capitán estaba en ella, en efecto, como incrustado en el marco de una puerta. Con los labios contraídos, rígido e inmóvil, con la mirada centelleante, parecía don Sebastián un tigre recogido en sí mismo, pronto a saltar sobre el que la tocara.

¡Pero bueno estaba el barón para apreciar estos matices! Retorciéndose de risa, explicaba con palabras cortadas por sus carcajadas la escena, lo que era, naturalmente, echar más fuego en la hoguera de celos, de despecho, que ardía en el corazón del capitán. Dos o tres veces éste lo rechazó con brusco movimiento, en lo que tampoco detuvo su atención don Pablo, cuando al accionar ponía su mano en el hombro del capitán. Hasta que al final del relato, y para mejor describir la burlesca escena, le

cogió también por la nariz, imitando el ademán de don César.

Estalló, arrolladora, la cólera de don Sebastián. Ciego de ira, humillado por el desdén de Dolores, por lo que estimaba burla de don Pablo, sintió que un velo de sangre nublaba su vista, y desprendiéndose bruscamente de la mano que intentaba mezclar con su dolor la burla, tiró de su espada y la hundió de un solo golpe en el costado de don Pablo, que cayó al suelo pesadamente, sin dar un grito...

DON FABRICIO ENCUENTRA LA OCASION DE VENDER SU ALMA AL DIABLO

Al ver caer muerto al barón, don Sebastián quedó inmóvil, súbidamente frío, sintiendo que a su cólera sucedía un pánico que paralizaba en él toda acción. Tarde advertía la desproporción entre la ofensa y la venganza, tarde se habría reprochado su criminal impulso si le hubiera dejado espacio para fijar sus ideas el temor de lo futuro, el horror de su conducta.

Atropellándolo todo, una palabra, como un sonsonete trágico, le golpeaba la mente: «Huir... huir... huir...» Pero ¿cómo huir y a dónde? Y los instantes, cuyo valor aprendía a conocer ahora,



Lo he leído en los ojos de su mamá, Dolores: «Vendrá un joven de California que me encontrará la más bella entre las mujeres de la tierra y para atraerme no vacilará ante los más duros riesgos y peligros...»



Un detalle de luz, de pedrería, un deslumbrante arrojocambrío de uniformes, de pomposos trajes femeninos, tal era el baile que en honor de su primo organizara la condesa gobernadora.

pasaban y él continuaba con los ojos desencajados, lívido, contemplando a su víctima que parecía mantenerlo ligado en aquel lugar con lazos irrompibles.

El gemir de la puerta girando sobre sus goznes le hizo volver a la realidad. Como movido por un resorte se ocultó de un salto tras uno de los muebles que adornaban la estancia. Y desde su escondite vió a don César que volvía, alegremente, en busca del barón.

— ¡Se me ha escapado ese majadero, se me ha escapado! — gritaba al entrar.

De súbito se interrumpió al advertir a don Pablo caído en tierra, y solícito se arrodilló, inclinándose sobre él con ánimo de auxiliarlo.

Como por un relámpago se iluminó la mente del capitán con una idea siniestra. Su mano temblorosa alcanzó uno de los pesados candelabros de bronce que sobre un bagueño iluminaban la sala y, cauteloso, se acercó a don César. Un solo golpe en la cabeza hizo rodar por tierra a la nueva víctima. En un minuto sacó el capitán la espada que pendía al costado de su enemigo, la empapó en la sangre que manchaba el traje del barón, la colocó en la mano inerte de su dueño y se irguió, lanzando una mirada en torno suyo.

Nadie le había visto. Con un esfuerzo terrible trató de recuperar su serenidad y mientras sus dos víctimas yacían en tierra, volvió él, impasible, altivo como siempre, al salón donde la fiesta proseguía brillante y bulliciosa...

* * *

Se estremeció el cuerpo del barón. Abrió los ojos lentamente y trató de incorporarse, sin lograrlo. La muerte cercana había devuelto toda su lucidez. Su mirada se posó sobre don César que a su lado yacía, y comprendiendo que algo terrible iba a ocurrir, adivinando vagamente que se trataba de desvirtuar la verdad para deshonrar a un muerto, que por tal lo tenía, se arrastró por tierra, anhelante, alcanzó uno de los naipes que rodaba por el suelo y, trabajosamente, apelando a sus últimas energías que le abandonaban, escribió:

*Me ha asesinado don Sebastián.
EL BARÓN DE CHITRE*

Fatigado del esfuerzo, dejéese caer, esta vez para no volver a levantarse.

Husmeando siempre por todas partes, asomaba momentos después la cabeza por entre las puertas que entreabriera con su-

vidad, don Fabricio Borusta. El silencio que reinaba en la estancia le animó a penetrar, y el cuadro que se ofreció a sus ojos le dejó, inmediatamente, de piedra. No podía imaginar cómo habían reñido los que parecían unidos por tan estrecha simpatía. Y sus ojos iban del cuerpo del barón al de don César sin saber qué pensar, hasta que se fijaron en el naípe en el que don Pablo trazara con su mano vacilante la terminante acusación.

Recogió el naípe don Fabricio, leyó las líneas suscritas y ni un momento pensó en mostrarlo a los demás para que la justicia se hiciera. Aun no sabía cómo lo podría utilizar, claro es, pero comprendía que el capitán don Sebastián, que tan despectivamente le trataba siempre, el que no hacía mucho dijera al barón, refiriéndose al entrometido don Fabricio, «que no era conveniente codearse con gente que no es de nuestra clase», el influyente y altivo jefe de la guardia de la condesa estaba ya para siempre en su poder.

Como antes lo hiciera don Sebastián, detúvose un instante en la puerta, antes de abandonar la sala, para recobrar la serenidad que alteraran tan encontradas ideas y emociones. Se estiró el fraque que sobre sus carnes fofas se arrugaba como un acor-

deón, afirmó las gafas con su gesto habitual de miope y, con paso más firme, con la cabeza más alta, se dirigió a su vez al salón de fiestas, como un cuervo que sobre la carroña de los campos de batalla se regodea viendo asegurada su pitanza...

LA HORRIBLE ACUSACION

¿Quién es capaz de seguir el vuelo de los pensamientos de Dolores? La gallardía, la audacia, el valor y la habilidad de don César habíanla interesado vivamente desde el primer momento y sus cálidas palabras de amor hicieron su obra más tarde. ¿Cómo expresar su alegría cuando comprobó que don César era el heredero de una noble familia, ligada con viejos y sólidos lazos de amistad con la suya, cuando oyó los ofrecimientos de su padre, promesa cierta de que no pondría obstáculos a un amor que, por lo demás, adivinara su experiencia? Y la imaginación de la joven se adormecía en sueños de color de rosa, indiferente a la fiesta que continuaba en torno suyo.

Entretanto, el criado que don Pablo, poco amante de la etiqueta, había hecho salir de la estancia donde se desarrollaron las escenas cómicas y trágicas

que conocemos, vacilaba en contravenir la orden que el barón le diera, extrañado por el largo silencio que siguió a las risas anteriores. Imaginando que quizá habrían marchado todos por otra puerta que la que él guardaba, pensó en la conveniencia de poner en orden lo que hubiera revuelto y alterado la ruidosa alegría del barón y, cautelosamente, pero bien ajeno al drama que a pocos pasos de él habíase desarrollado, entreabrió suavemente la puerta.

De una sola mirada, horrorizada, abarcó el cuadro espantoso. Un grito, un grito terrible que resonó sobre todos los rumores de la fiesta y suspendió todas las conversaciones, salió de su pecho. Y abriendo de par en par las puertas que a la gran sala de baile recaían, volvió a gritar, con voz que la emoción entrecortaba:

— ¡El señor barón ha muerto! ¡Acaban de asesinar al señor barón!

Precipitáronse unos hacia los caídos, mientras otros corrían a avisar a la guardia para que nadie saliera del palacio. Como arrastrada por un funesto presentimiento, recordando el carácter bromista del barón, la vehemencia de don César y las palabras que cruzaran al comenzar la fiesta, pugnó Dolores por

acercarse también. Y cuando vió al amado caído por tierra, con la ensangrentada espada en la mano, inmóvil también, se abalanzó sollozando, indiferente a la sorpresa de todos y procuró levantar la noble cabeza anuada.

Acudieron unos a socorrer al barón, los otros a reanimar a don César, vivo al parecer todavía. Y mientras transportado a una estancia vecina se comprobaba que el barón, por desdicha, no tenía necesidad de socorros, ahía don César lentamente los ojos, sonreía, al recobrar la vida y la consciencia, a la amada que, ajena a todas las circunstancias del momento, le contemplaba anhelante, y mirando en torno suyo, con la extrañeza de ver a tantas personas rodeándole, preguntaba:

— ¿Qué ha pasado? Entraba yo... ahora empiezo a recordar... en esta sala, para buscar al señor barón de Chipre... estaba el barón caído en tierra... ¿Qué le ha pasado al barón?... ¿Dónde está el barón?

Todos callaban. Pero don Sebastián, adelantando un paso, dejó caer lentamente su acusación infame:

— Es inútil que finjáis, don César. Esta noche, al entrar en el hall, el señor barón de Chipre tuvo una galantería para cierta dama de vuestro gusto y vos os

lanzasteis sobre él amenazador. Sin duda, cuando supisteis que don Pablo estaba solo en esta sala, vinisteis a recriminarle de nuevo. Os insultasteis, él cagrimió ese candelabro y...

La infamia terrible, mil veces más terrible que la muerte, estaba urdida admirablemente. Don César, a quien el golpe que sufriera en la cabeza mantenía postrado a medias todavía, comprendió que las circunstancias se concitaban contra él de tal suerte que difícilmente podría nadie pensar de otro modo que como el capitán lo hacía en voz alta. Paseó su mirada por las caras que con mezcla de horror y compasión le contemplaban, se puso en pie con un sobrehumano esfuerzo y con las manos extendidas pidió... no sabía qué, puesto que nadie podía darle la justicia que necesitaba.

Avisada la guardia de palacio, un piquete de soldados irrumpió en los salones para prender a don César. Al verlos, el general Muro adelantó unos pasos, rígido, imposible al parecer, viva encarnación de los conceptos de honor y deber, y alargando un puñal de repujado mango al hijo de su amigo más querido, le susurró al oído:

— No podéis cubrir de oprobio y de vergüenza a vuestro padre. El hijo de los Vega no

puede ser el asesino de un anciano. Tomad esta arma y cumplid vuestro deber.

Don César cogió el puñal maquinalmente. Aproximóse un momento a Dolores, que con indecible angustia le contemplaba, y le preguntó:

— ¿Tú no crees, vida mía, que yo sea un asesino?

Ante la negativa de la joven agregó don César, siempre en voz baja:

— Con tu fe tengo bastante. Tenla siempre en mí, Dolores.

Con su agilidad admirable, dando un empujón al primer soldado que trataba de detenerle, se encaramó de un salto en una de las ventanas por las que entraba en la sala el rumor del mar.

— Cuando la vida se nos muestra adversa — gritó, — es forzoso abandonar la vida.

Y clavándose el largo puñal, con desesperado impulso, en el costado izquierdo, cayó hacia atrás con los brazos en cruz, buscando el piadoso sudario de las olas.

* * *

Mientras los hechos que acabamos de relatar se sucedían, en el espíritu de don Sebastián, al que lógicamente deberíamos suponer triunfante, borradas ya por la muerte de su segunda

victima todas las trazas que pudieran llevar a descubrir al verdadero asesino del barón de Chipre, una nueva tempestad se había desencadenado.

Después de lanzar su acusación infame, pero tan verosímil que todo el mundo la aceptó por buena, quedó el capitán entre los grupos de invitados.

— Qué vergüenza — murmuraban algunos. — Un huésped de la condesa, un hombre viejo, además, asesinado traidoramente.

— Habría que ejecutar en seguida al asesino — opinaba don Sebastián, con prisa de ver desaparecer para siempre a don César y de que en la tragedia de que fuera protagonista bajara el telón definitivamente.

Pero mientras estos diálogos se sostenían, un hombre hasta el momento tenido por insignificante y que, sin embargo, iba a ser, en lo sucesivo, dueño de su destino, el repulsivo don Fabricio, se acercaba al capitán por entre los grupos, pidiendo excusas humildemente a los unos, sonriendo servilmente a los otros. Sin perder su sonrisa ni su aire de modestia se encontró pronto junto a don Sebastián. Suavemente puso su mano izquierda en el brazo del capitán, que le

rechazó bruscamente la familiaridad, pero que, siguiendo con su mirada la indicación que se le hacía, vió en la palma de la mano derecha de don Fabricio un naípe que éste le mostraba y en el que leyó unas palabras que, aunque débilmente trazadas con lápiz, a él le parecieron de fuego:

*Me ha asesinado don Sebastián
El, BARÓN DE CHIPRE*

Trató de asir con su mano de hierro el brazo de don Fabricio, que se alejaba ya saludando a cuantos tropezaba con reverentes inclinaciones, pero, en aquel instante, otro de los invitados le llamaba para preguntarle un detalle, y apenas desligado de aquél, otro le detenía para expresarle su indignación.

No era posible, no, intentar ya recuperar el naípe con la inscripción acusadora, o al menos no podía hacerse en aquel lugar, donde cualquier ademán de violencia hubiera despertado en los ánimos alborotados una curiosidad peligrosísima para él. Y así hubo de resignarse a esperar bajo la más terrible ansiedad, de la que ya el suicidio de don César no podía ser alivio...

CAPITULO IV

En defensa del honor

Entre tantas personas como se dirigieron alegremente al palacio de la condesa para su brillante fiesta, sólo una la abandonó alegremente. Entristecía a doña Isabel de Aliatar la muerte de su primo y le entristecían más las circunstancias en que fuera asesinado, en su propio palacio, por la mano alevé que ella misma llevara a la de don Pablo, pocos días antes. El general Maro y su hija se retiraron agobiados por igual pesadumbre. Al capitán don Sebastián no podía compensarle de sus preocupaciones la desaparición de su rival afortunado. Y, en fin, la conmoción que los sangrientos sucesos produjeron entre los concurrentes al baile de gala se iba diluyendo en los comentarios que la tristeza subrayaba.

Por contraste, don Fabricio Borusta tenía que hacer un ver-

dadero esfuerzo para disimular su alegría.

— Excelente idea la que tuve de recoger los trozos de aquella invitación para concurrir a una fiesta en que, como siempre, no se contaba conmigo — se iba diciendo, camino de su modesto habitáculo. — No hubiera tenido más valor la joya más espléndida... Don Sebastián vendrá a buscarme, es claro; me amenazará, acaso me dé un golpe... Bueno, bueno... Todo lo pagará, todo lo pagará...

Y frotándose las manos seguía su camino y su monólogo:

— La cuestión está en planear bien las cosas... ¿Qué le puedo pedir a don Sebastián? ¿Dinero o influencia para un cargo?... ¿Y si fuera posible obtener las dos cosas a la vez?

Para no desmentir su condición servil, don Fabricio, que no tenía

a quien halagar ahora, se sonreía a sí mismo, diciéndose:

— No eres tonto, mi querido Fabricio... Los unos ricos, poderosos, respetados, los otros ricos también y amados por las bellas mujeres que para ti no tenían una mirada siquiera, todos han trabajado para ti...

Estaba ya, al llegar a este punto de su monólogo, a la puerta de su casa. Tropezando aquí y allá por la oscura y empinada escalera, llegó a la guardilla en que vivía. Una mesa de madera sin pintar en medio del cuarto, una cama de tijera arrimada a la pared, unas cuantas sillas desvencijadas, otro mueble miserable para guardar la ropa componen todo el mobiliario y nos dan idea más que de la pobreza, de la sordidez de don Fabricio.

Con cuidado exquisito, como quien maneja una joya delicadísima, extrajo don Fabricio el naípe suscrito por el barón de Chipre y se detuvo a discurrir dónde estaría más seguro. No tardó en convencerse de que lo más seguro era lo menos oculto, en el sentido de que los que vieran a registrar su casa no se les ocurriría que dejara descuidado un documento de tal importancia.

Felizmente, su pensamiento se fijó en un objeto que reunía las dos circunstancias ideales: una

pitillera de metal, una vulgar pitillera que ostentaba en una de las tapas un desnudo femenino, resguardado por un fino cristal. Levantó cuidadosamente una fina pestaña, extrajo delicadamente el grabado y lo volvió a colocar, poniendo debajo el naípe.

Tranquilo ya, comenzó a desmenuarse. Las prendas de etiqueta fueron substituidas por un largo camión que le cubría hasta los pies, unas zapatillas y un gorro blanco, en punta, que era adecuado remate o coronamiento de la grotesca silueta.

Cuando se dirigía a la cama, abrióse la puerta con estrépito, como empujada por nervudo brazo, y el capitán don Sebastián, viva imagen de la cólera, apareció a su vista.

No pudo don Fabricio, aunque esperase la visita, disimular un sobresalto. Pero mientras don Sebastián, espada en mano, avanzaba hacia él, lento y amenazador, se fué recobrando de suerte que al quedar frente a frente su actitud era completamente seráfica, de un ángel que por serlo no tuviera nada que temer.

— ¿Dónde habías encontrado aquel naípe? ¿Dónde lo habéis ocultado?

— Por Dios, don Sebastián, no toméis así las cosas — contentó don Fabricio con el tono más

amable. — El barón escribió aquellas palabras que tanto os podrían perjudicar y lo mejor es que el naípe cayera en unas manos discretas como las mías.

— Dádmelo, pues.

— Oh, eso tanipoco sería discreto. ¿Qué voy ganando yo con entregároslo?

— La vida vas a ganar, miserable, porque si no me lo entregas tu sales vivo de esta casa.

Y el capitán, que no era hombre que amenazara en vano, se lanzó sobre don Fabricio, que cayó al suelo, donde quedó tendido, viendo bailar ante sus ojos la impaciente punta de la espada de aquél.

— Escuchadme un momento — gritó.

V como el capitán retirase la espada, prosiguió don Fabricio:

— Me imagino, aunque no presenciara la escena, que matasteis al barón en un arrebato de cólera. Habéis tenido la suerte de encontrar una persona que os quiere ayudar, y en lugar de preguntarle sus condiciones vais a perderos definitivamente... ¿Puedo yo ponerme a luchar con vos? Y si no puedo, ¿cómo queréis que conservase en mí poder un documento tan importante que me podríais arrebatarse en cualquier momento? Lo que he hecho es ponerlo en un sobre cerrado, en manos de un amigo

de la niñez, rogándole que si un día sabe que me ha pasado algún contratiempo lo entregue a la justicia.

Cayó el armado brazo del capitán, que se percataba al fin de cuán inútil era la fuerza en aquel caso. Vacilando todavía se dirigió a la mesa en la que estaba la pitillera abierta — la pitillera en la que el naípe estaba oculta, — cogió un cigarrillo y, volviéndose a don Fabricio, que seguía anhelante la maniobra, dijo:

— ¿Cuanto queréis por la carta?

Don Fabricio, ya incorporado, sonrió nuevamente:

— Está visto, señor capitán, que vuestro valor y vuestro mérito no sirven de nada cuando se trata de ultimar un negocio... Yo no puedo daros esa carta que, os lo aseguro, estará guardada tan perfectamente como deseáis y que para mí es una garantía insustituible... Si vos me ayudáis, ¿no he de ser yo el más interesado en que vuestro prestigio se mantenga?

— ¿Y en qué puedo ayudaros? ¿Cuáles son vuestras ambiciones?

— Soy pobre, ya lo sabéis, pero por una injusticia del destino. Vos gozáis de prestigio e influencia y si, muerto ya don César, os casáis con Dolores Muro, se consolidará vuestro poderío en el

pais. Podéis mucho, don Sebastián...

— Pero ¿qué pretendéis, en suma?

— Nada que no sea realizable. Obteneid para mí del general Muro el nombramiento de jefe político de la comarca... Estoy seguro de que prestaré excelentes servicios...

A la misma hora en que este diálogo se sostenía en la guardilla que servía de morada a don Fabricio Borusta, algunas barcas, tripuladas por soldados y marineros, navegaban por la playa buscando el cadáver de don César. La luna había ya desaparecido, como si no quisiera ahumbrar tanta infamia, lo que hacía más difícil la tarea. Cansados y convencidos, por otra parte, de que sólo la casualidad podía llevarlos al lugar ignorado donde el cadáver se hallara, volvieron al muelle, declarando a los que esperaban:

— Debe de haberlo arrastrado la corriente...

EN LA CASA DE DON CESAR DE LA VEGA

La noticia de la tragedia de que fueran las víctimas el barón

y don César llegó, con el día, a la casa señorial de este último, dejando atónitos y desconsolados a los viejos servidores. Cerráronse puertas y ventanas, como señal de duelo, y todo eran lamentaciones y lágrimas donde la víspera se oían sólo risas y cánticos.

Ni los criados de la casa señorial, ni la mayor parte de los habitantes de la ciudad podían convencerse de que don César, el heredero de la casa, el valiente y noble joven, último miembro de una familia tan ilustre y querida, hubiera sido capaz de cometer la villanía de que se le acusara. Las circunstancias podrían condenarlo, y nadie, fuera del capitán y don Fabricio, conocía exactamente el modo cómo los hechos se produjeron. Pero no era ello parte a impedir que en aquellos corazones leales cuajara la sospecha de que algo terrible y abominable había ocurrido, y para lamentar más hondamente, por consiguiente, que la muerte de don César hiciera imposible toda tentativa de esclarecimiento de los hechos.

Mediaba ya el día cuando, con mal disimulada agitación, llamó a una de las puertas de servicio de la casa un hombre. Era José, el hijo de uno de los más antiguos criados, que en la casa naciera y que sólo la abandonó para es-

tablecer una modesta industria, a tiempo de casarse. Franqueada que le fué la entrada, se dirigió a Lola y Antonio, los dos jóvenes servidores, nacidos también y criados al amparo de la ilustre familia de los Vega, por cuyos jefes sentían ciega devoción. Encerráronse los tres en un departamento donde no los oyeran oídos indiscretos y, dejándose caer en una silla, habló así el mensajero:

— Traigo un encargo para vosotros... Don César...

— ¿Pero vive don César? — gritaron a una, con júbilo asombrado Lola y Antonio.

— Vive y está oculto en el castillo de Vega...

— ¿Tú lo has visto?

— Yo le he visto y he hablado con él y traigo un recado suyo para vosotros.

Palmoteó Lola, explotando en risas y lágrimas su alegría, mientras Antonio vociferaba:

— Voy a dar la gran noticia a los demás... ¡Don César vive! Ya decía yo que no podía morir tan miserablemente don César de la Vega... Ya decía yo que...

Pero José detuvo el alboroto de razones y gritos con un gesto de impaciencia y cuando los otros le hubieron obedecido, díjoles con voz irritada:

— Parecéis necios, amigos míos. Guardad vuestra alegría,

que si don César vive es bajo una acusación de asesinato que pone su vida en peligro, y su honor en entredicho. Esta mañana me lo decía: «José, se ha salvado la vida y ahora vamos a defender el honor».

— Pero — preguntó Lola, ya más calmada y curiosa de detalles, como todas las mujeres — ¿cómo has sabido tú que estaba en el castillo? ¿Quién te avisó? ¿Cuándo lo viste?

— No me avisó otro que don César mismo. Estábamos anoche, ya muy tarde, mi mujer y yo solos en casa, preparándonos para ir a la cama... Ya sabéis que mi casa está cerca de la playa. Pues bien. Mi mujer hacía no recuerdo qué trabajo y yo estaba sentado en el suelo, cerca de ella y de espaldas a la puerta. Como ya no había luna, fuera de casa estaba más oscuro que boca de lobo. Y de repente mi mujer puso una cara de susto terrible y con un ademán me señaló la puerta. Me volví y pude ver una mano que se había introducido hasta el codo y que nos hacía misteriosas señas...

— Qué susto os llevaríais... — interrumpió Lola.

— Hombre, yo no me asusto fácilmente. Además, no me dió mucho tiempo, porque en seguida penetró en la casa don César, todo mojado, y en cuatro pala

bras nos puso al corriente de lo que ocurría. Que le habían acusado de haber muerto a un personaje de muchas campanillas, lo que no era verdad, que en el mismo palacio de la condesa iban a prenderle y que él, no pudiendo soportar el ir a la cárcel siendo inocente, mucho más cuando podría ocurrir que lo ejecutaran en seguida, discurrió hacer como que se suicidaba, dejándose caer al mar que baña el palacio por su parte posterior... Todo fué pensado y ejecutado en unos segundos. Ya en el agua, nadó media hora hasta llegar a la playa... Se acordó de que nosotros vivíamos por allí y eso es todo.

— Pero si fué a tu casa, ¿cómo está en el castillo? — volvió a preguntar la muchacha.

— Pues, hombre, porque en casa no estuvo más que para darme el encargo para vosotros, que no voy a daros si no paráis de hacermos preguntas...

— Pues dilo ya, hombre, que también tú, con tantas razones, no acabas de soltar lo que más importa.

— Quiere don César que os despidáis de la casa, de modo que todos crean que dejáis su servicio y os dirijáis, sin que nadie se entere de vuestra marcha, al castillo. Dice que no vayáis hasta dentro de dos o

tres días para que podáis llevarle noticias de todo lo que se dice por la ciudad sobre la muerte del señor barón y los demás comentarios que puedan interesarle.

Aquella misma tarde, pretextando cada uno un diferente motivo, salieron de la casa señorial de los Vega, Lola y Antonio Robledo, a los que por jóvenes y no por más fieles eligió para utilizarlos don César, que no por desconfiar de ninguno de los que formaban su servidumbre, sino para evitar alguna indiscreción involuntaria no quiso que por el momento conocieran los otros el secreto de su existencia y de su retiro.

DONDE REANUDAMOS NUESTRAS RELACIONES CON CIERTOS ANTIGUOS AMIGOS

Si no hubieran nevado los años en va cabeza, si el tiempo, que es nuestro gran enemigo, de concierto con intimas pesadumbres no hubiera dejado los surcos de su paso en la despejada frente, el Zorro que ahora encontramos en su casa de California sería el mismo al que conocimos ya para treinta años. El pantalón ajustado por la ancha faja de seda negra, la ceñida camisa, no podrían disimular, si

lo intentaran, la musculatura y el vigor que se conservan en el cuerpo, aun esbelto.

¡Cuántas cosas han pasado en estos treinta años! El matrimonio del *Zorro* con Rosaura, el nacimiento de su heredero y la muerte prematura de la amada, cuya alma angelical parecía que pugnara para desprenderse de su envoltura terrena.

Consuelo fué y no pequeño para el *Zorro*, en medio de su pesar, la presencia del niño en el que podía seguir adorando el recuerdo de la madre. Bajo su paternal vigilancia fué creciendo don César, en el que para moldear su alma concentró poco a poco el padre todas sus energías.

Felizmente el pequeño había recogido por mitad de sus progenitores, y si en lo físico se asemejaba al padre como una gota de agua a otra gota de agua, en lo moral se mezclaban, con la sensibilidad de la madre, el valor, la nobleza que al padre hicieron un día famoso en todo Méjico.

Alternaba el *Zorro* en la educación de su hijo, las enseñanzas morales con los ejercicios físicos, y a los catorce años era don César un caballista excelente, un esgrimidor al que sólo su padre podía tener a raya, una maravilla en el manejo del clásico látigo del país. El tiempo, como sabemos, no hizo, como era ló-

gico, más que desarrollar sus cualidades y sus aptitudes edificadas sobre una base mortal indestructible.

No sin pesar hubo de decidirse el *Zorro* a separarse de su hijo, para que, siguiendo la tradición de la familia, se trasladara a Méjico, la capital, a perfeccionar sus estudios. Tentado estuvo de trasladar él también su residencia, aunque mucho le costaba abandonar su grato retiro, sus plantaciones y sus ganados. Pero la consideración que más pesó en su ánimo fué la de que era preciso que don César volara libre, se enfrentara con la vida y sus dificultades, lo que siempre ha sido la mejor manera de hacer hombres de provecho.

Cinco años permaneció don César en la capital — pasando los veranos con su padre — y, ya terminados sus estudios, decidió el *Zorro* que don César pasara una temporada en el palacio de sus mayores, donde lo hemos conocido, y visitara luego largamente cada una de las haciendas para que conociera a todos los servidores de la familia, así como también los bienes que venía llamado a heredar y conservar.

— Yo cumplo lo que creo mi deber, pero debo confesar que el deber es esta vez ingrato — decía el *Zorro*, al que hubiera

complacido tener cerca de sí a su hijo.

¿Qué misteriosa comunicación existe a veces entre las personas ligadas por el cariño? La tarde del día en que volvemos a encontrarlo estaba el Zorro más preocupado que ordinariamente por el recuerdo de su hijo. Había cabalgado toda la mañana, recorriendo una de sus fincas, se había distraído conversando con los colonos, había leído, después del almuerzo, uno de los libros queridos, que amigos queridos son, para las personas inteligentes, los libros, cuando una preocupación busca alivio o el aburrimiento nos gana y, sin que supiera por qué, naturalmente, su pensamiento volaba a cada instante hacia don César. Dejó el libro, y con las manos cruzadas a la espalda y la cabeza baja comenzó a ir y venir por la estancia.

Bernardo, el criado indio que fuera su amigo y su confidente, su esclavo y su consejero a la vez en los días agitados de sus patrióticas aventuras, en los días felices de sus bodas y era ahora su perro fiel, su servidor, atento a interpretar le los más pequeños deseos, entró silenciosamente y se quedó inmóvil, junto a una mesa, mirando a su amo.

También Bernardo había envejecido. Más acentuadas las arru-

gas de su pálido rostro de indio, que parecía tallado a golpes de hacha, encanecidos los largos cabellos, conservaba todavía toda la viril energía de la juventud, de lo que eran vivo testimonio su agilidad felina, la energía de su mirada.

El Zorro que asociando ideas había llegado a evocar los días lejanos en que también él, como su hijo ahora, terminó sus estudios y corría el país, alegre y seguro de sí mismo, se detuvo de repente y volviéndose al indio dijo, como si continuara una conversación ya comenzada:

— ¿Te acuerdas, Bernardo, de hace treinta años, en este mismo sitio?

Y como el otro afirmara con un pausado movimiento de cabeza, mientras sus ojos quedaban mirando a un invisible punto lejano, continuó el Zorro:

— Aun conservo el traje de seda, la careta, negra también, con que el señorito bobo se convertía en el heroico Zorro. Tú me ayudabas a vestirme, temblando, y en verdad que nunca fuiste cobarde... Treinta años... ¿Te acuerdas de mi jaca negra que me obedecía a un simple silbido?

Bernardo seguía afirmando silenciosamente, con simples inclinaciones de cabeza, a cada pregunta.

— Dame la espada, Bernardo. No sé por qué siento hoy la necesidad de saber que tiene aún todo su vigor mi brazo. Tráela acá... A ver...

El Zorro extendió el brazo, armado con la tajante espada, hizo unas flexiones, marcó un fondo y después la tiró a la pared, como en otro tiempo, y como en otro tiempo también quedó clavada por el certero impulso, vibrando con un sonido metálico.

Siguió un largo silencio. El indio hizo ademán de marcharse, no sin consultar con la mirada al Zorro, que con un ademán le dejaba ir, diciéndole:

— Va te llamaré si tengo necesidad de tus servicios.



No había transcurrido mucho rato cuando entró en la estancia en la que el Zorro se hallaba otro de los criados, y con la respetuosa familiaridad que dan el trato afable de los dueños y la larga convivencia, puso en sus manos una carta:

— Debe de ser cosa muy interesante, porque el que la trae de parte del señor don César ha hecho de un tirón la larga jornada, según me ha dicho. A la cocina le he llevado, que viene muerto de hambre. Y nada digo del caballo, al que le salía espuma por todos los arreos...

Rompió el Zorro, mientras se esforzaba para disimular su agitación interior, el sobre que veía escrito por la propia mano de su hijo. Extrajo el plieguecillo, escrito a lápiz y leyó:

Querido padre: Se me acusa de un repugnante crimen, que a ti no es necesario te asegure que yo no he cometido. Las circunstancias, sin duda, me acusan con toda fuerza de la que yo podía poner en los primeros momentos en defenderme. Para ganar tiempo, hasta poder probar mi inocencia, me he refugiado en las ruinas del castillo de Vega, donde está conmigo nuestros devotos sirvientes Robledo y Lola. No quiero que sepas por otro lo que ocurre y por eso te escribo. Pero además tengo un plan para el que me será indispensable tu ayuda. — César.

— A ver... — gritó el Zorro, apenas hubo terminado la lectura. ¡Que nos preparen unas muletas y armas, que nos ensillen dos caballos... Bernardo...

Apareció el indio:

— ¡Qué te pasa, mi niño?

— Bernardo, fiel compañero, tengo necesidad de nuevo de tu servicio. Partimos inmediatamente.

— ¿Pero qué ocurre?

— Ocurre que hay que salvar la vida de mi hijo y el honor de los Vega... Por fortuna, el Zorro no ha muerto todavía...

CAPITULO V

El nuevo jefe político

Cuando don Sebastián abandonó la guardilla que habitaba don Fabricio Borusta, estaba persuadido que toda violencia resultaría contraproducente. No hay nadie más osado que el cobarde, si cree que puede agredir impunemente, y tal era el caso de don Fabricio. El capitán era ahora su prisionero.

No más tarde que a la mañana siguiente se dirigió el capitán, grave y solemnemente como siempre, a la casa del general Muro. Se hallaba éste bajo la impresión de los tristes sucesos que conocemos y sobre ellos había de versar la conversación al iniciarse. El general expresó su disgusto por la muerte de don Pablo y el mayor disgusto que le produjera el hecho de que fuese el asesino el hijo de una noble familia con la que le unían tan antiguos lazos de amistad. Con

tacto de persona delicada calló todavía otro de sus motivos de pesar, que era el haber descubierto que su hija Dolores se hallaba enamorada de don César y con su cándida confianza repetía y juraba a su padre que no podía creer que un corazón tan noble hubiera sido capaz de tamaña baja.

Don Sebastián, alardeando de nobleza también, lamentó el dolor que a familia por él tan respetada había producido un hecho por todos conceptos desagradable; expresó su confianza en que el tiempo mitigaría con su sedante acción dolorosos recuerdos y aun insinuó finalmente que el tiempo es el que se encarga siempre de hacer justicia a los hombres y de poner de relieve los errores que los otros hombres y las damas cometen a veces, al juzgarlos o distinguirlos con su afecto.

Pero, además, traía una comisión, un deseo, mejor dicho, de servir al general.

— Hable usted, capitán, hable usted — se apresuró a decir el general Muro.

— Recuerdo haber oído decir a usted, días atrás, que no estaba muy satisfecho de la actividad, de la honorabilidad del jefe político de la comarca. Y en mi anhelo de ayudarle en lo posible he encontrado un candidato para ese cargo que creo reúne todas las condiciones y al que yo garantizo.

— ¿Y quién es esa perla negra?

— Don Fabricio Borusta.

Mostró su sorpresa el general, quien, como todos, tenía al tal sujeto por hombre servil, desleal y sin ningún prestigio. Insistió don Sebastián, destruyendo esos justificados prejuicios con capciosas razones y desmesurados elogios de don Fabricio. Y venciendo al fin el deseo que de complacer al capitán tenía, acabó el señor Muro por ofrecerle que aquel mismo día hablaría del caso a la condesa Isabel, con la que le parecía discreto consultar, y el nombramiento se firmaría seguidamente.

Todo ocurrió a la medida de los deseos de don Fabricio, que, veinticuatro horas más tarde, veía su complicidad recompensada con el nombramiento que constituía

el límite de sus ambiciones. De su humilde guardilla pasaba a los salones del edificio destinado al jefe político; de soportar los desaires de los de arriba y las burlas de los de abajo, a ejercer un poder que todo hacía suponer no se inspiraría en las mejores normas de la honradez y de la justicia.

Como don Fabricio no había tenido hasta entonces otros servidores que sus propias manos, con las que atendiera al cuidado de sus ropas y condimentara los guisotes miserables que ponía a su mesa, le fué forzoso indicar a algunos de sus empleados que le buscaran una doncella o cocinera que quisiera entrar a su servicio. No era ello tan sencillo como pudiera creerse, aunque la gente modesta y necesitada de trabajo abundase, porque don Fabricio, como todos los ricos improvisados, tenía muchas exigencias y ofrecía poco dinero.

Pronto vinieron a informarle de que se le ofrecía una ocasión excepcional. Una verdadera servidora de casa grande que por no sabían qué disgustos con otros criados había abandonado recientemente la casa de los Vega, había solicitado ingresar al servicio del nuevo jefe político.

Ya instalado y vestido de nuevo con ridícula elegancia, a don Fabricio se le antojaba el

el mundo pequeño para él. Mucho más pequeño después que hubo sostenido una nueva conversación con el capitán don Sebastián, en la que acabó de comprobar que le tenía por entero sometido a su antojo.

Acació ello a poco de posesionarse de su importante cargo don Fabricio. El capitán vino a indicarle la conveniencia de que fuera a dar las gracias por la distinción que el nombramiento suponía a la condesa doña Isabel y al general Muro. A cuya indicación contestó don Fabricio:

— Ya hubiera ido, en cuanto tuve noticia de que por vuestra graciosa intervención estaban mis aspiraciones satisfechas. Pero, mi querido don Sebastián, los que como vos han vivido siempre en la opulencia, no saben de las pequeñas contrariedades, de las dificultades, si queréis ridículas, pero dificultades al fin, en que nos coloca a veces la falta de dinero a los que no lo tenemos.

— ¿Y qué tiene que ver el dinero con la cortesía que debéis a la señora condesa y al general Muro?

— Claro que tiene que ver — repuso con cierta sequedad en él inusitada y reveladora del ascendiente que consideraba haber adquirido sobre el capitán, — porque no pretenderéis que ahora falte a la dignidad que se debe al

cargo presentándome a tan altos señores con una levita anticuada y deslustrada, que es la única que tengo.

— Pues no hace mucho que os desvivíais por acudir a todas las fiestas sin que os pareciese tal detalle un obstáculo.

— Es verdad, pero vos sabéis mejor que nadie cuántas cosas han pasado en tan poco tiempo. Cuanto más que ahora cuento — insinuó con ironía — con vuestra preciosa amistad, que no habrá de dejarme hacer un papel ridículo por una suma insignificante.

Impotente para dejar correr su cólera, el capitán salió de la entrevista silenciosamente. Pero lo que su boca callaba lo decían sus ojos. Si con la mirada se pudiera matar, don Fabricio hubiera quedado muerto en el momento.

Quedó don Fabricio sentado ante la mesa de su despacho, frotándose alegremente las manos. Rutretenido en el examen de unos documentos, consultaba de vez en cuando el reloj como quien espera impaciente. Y, en efecto, no había transcurrido una hora cuando la criada vino a anunciar que un soldado venía de parte del capitán don Sebastián a traer un encargo.

¿Pero no es Lola, la fiel servidora de los Vega, la que está

ahora al servicio del señor Borrista? ¿Es que por acaso el destino tiene tales ironías que coloca junto a los verdugos a los que parecían los más abnegados amigos de las víctimas?

— Que pase, que pase ese hombre — ordenó el jefe político. — Y usted puede retirarse.

Acompañó Lola al soldado hasta la presencia de don Fabricio y se retiró después, como se le ordenara. Pero no tan lejos que tras de una cortina no pudiera ver cómo el soldado entregaba al jefe una cajita cerrada, cómo la abría éste con mal disimulada impaciencia, cómo brillaban sus ojos al entrever el áureo contenido.

— Está bien, está bien — murmuró don Fabricio. — Dele usted mis saludos al señor don Sebastián.

— Es extraño — murmuraba Lola, entretanto, inmóvil en su escondite. — ¡Cuánto dinero maneja mi señor!

Y su viva imaginación se esforzaba por penetrar el misterio que la rodeaba, para guardar el cual estaba la impenetrable sonrisa de don Fabricio.

...

El nuevo jefe político, siguiendo las indicaciones del capitán, acudió a dar las gracias por su

nombramiento a la condesa doña Isabel y al general Muro. Habían transcurrido ya muchos días desde la fiesta en la que don Pablo encontrara la muerte y don Fabricio la fortuna. Pero los días más servían para aumentar la pena de Dolores, cuyas mejillas habían perdido su rosado color y de cuyos labios huyó la sonrisa que era como la flor de su figura.

No era posible que el general permaneciera ajeno a tanta pesadumbre, mucho más cuando amaba a su única hija tiernamente. Y así el duelo de la joven era duelo para toda la casa, aunque el señor Muro se esforzaba en disimularlo bajo la máscara de una impasibilidad a la que era bien ajeno.

Con cortesía indiferente escuchó los cumplidos de su visitante. Don Fabricio, deseoso de ser grato y con el propósito de consolidar, en beneficio propio, la situación de su compinche, no tardó en conducir la conversación al punto que le interesaba:

— ¿Y como está mi señora doña Dolores, vuestra bella hija?

Y sin desconcertarse por el seco «muy bien» con que el general parecía indicar su deseo de que no se mezclara en una conversación con personaje tan poco simpático el nombre querido, prosiguió don Fabricio:

— A una naturaleza tan deli-

cada le habrá afectado mucho, seguramente, todo lo ocurrido. Yo era gran amigo — afirmó mintiendo descaradamente — de don César de la Vega. También yo he lamentado, como no podía ser menos, el arrebató que le condujo a cometer su crimen.

Sintió el general, ganado por las hipócritas palabras de su visitante, que comenzaban a desvanecerse los prejuicios que contra éste sentía, y don Fabricio, advirtiéndolo, suspiró, añadiendo:

— Lástima que tan valiente joven, merecedor de un porvenir tan brillante, tuviera tan desdichado fin. Figúraos que, como ya os he dicho, yo era un gran amigo suyo. Mi edad era la más apropiada para inspirar su confianza, y la tuve siempre, de un modo pleno. ¡Qué de ilusiones se hacía el pobre, en relación con vuestra virtuosa y amada hija! Apenas se habían hablado dos o tres veces y su amor por ella parecía que durase ya tanto como su vida. La misma noche de la fiesta, poco después de hablar con mi señora doña Dolores y de tener el placer de saludaros, me decía, con aquel cariño con que siempre me habla distinguido:

— No puedes imaginarte, Fabricio, qué contento estoy. Me parece que me ama y su padre ha resultado ser gran amigo del mío. Todo va bien, querido amigo.

Como el relato, tan distante de la verdad, se ajustaba tan perfectamente a lo que el general Muro sabía, ni por un momento sospechó el general cuánta hipocresía, qué cantidad de malas intenciones se ocultaban en las palabras de don Fabricio, quien continuó diciendo, después de suspirar nuevamente:

— ¡Lejos estaba el pobre, ciertamente, de figurarse lo mal que iría todo, poco más tarde...! En fin, no podemos más que lamentarlo, puesto que para estos males no hay humano remedio... Vuestra hija acabará por consolarse, que ella es joven y bien digna de inspirar las pasiones que ha despertado... No hace mucho me hablaba también de doña Dolores un amigo vuestro, el capitán don Sebastián... Y con qué calor, con qué delicado respeto... Podéis estar orgulloso y vuestra hija deberá estarlo también de la calidad de sus amadores... Porque la verdad es que si don César era hombre de pro el capitán don Sebastián no le va a la zaga...

— ¿Queréis decir — preguntó el general, interesado y pensativo — que don Sebastián no ha sentido herido su amor propio por el desdén de doña Dolores, por la preferencia que mi hija mostrara, cuando ya conocía sus sentimientos, hacia don César?

— No ama bien quien no sabe sufrir y esperar, y don Sebastián, señor general, adora a vuestra hija. Yo os digo que ayer mismo hacía su elogio con un calor, con un respeto...

— Os agradezco vuestros informes y vuestra visita — dijo el general, poniéndose en pie, para despedir a don Fabricio... Os lo agradezco mucho.

— Me parece — murmuraba don Fabricio al abandonar la casa del general — que tampoco hoy hemos perdido el tiempo... Tú irás lejos, Fabricio, tú irás lejos...

DONDE VOLVEMOS A ENCONTRAR A DON CÉSAR

Va cayendo el día lentamente. El sol pone sobre la llanura inmensa tenues gasas de oro que parecen envolver también, como en un sudario de leyenda, el muerto castillo de los Vega, vigilante un día sobre el altavano despojado de vegetación y que ahora se va desmoronando piedra a piedra.

Un viejo cuyo rostro parece haber tomado el dorado color de los muros que está encargado de guardar, descansa, sentado en una piedra, a la puerta del castillo. Sus ojos negros, visibles apenas entre la complicada trama de las arrugas del rostro, miran

sin ver a lo lejos, abismado como está el viejecillo en seguir el curso de sus pensamientos. Y en el castillo, en todo el valle diríamos mejor, sólo el humo de un cigarrillo que pende de sus labios parece vivir en esta hora de paz.

Pero, de súbito, la estatua se anima, según nos dice el relampaguear de sus ojos, un temblor imperceptible apenas agita sus labios y aunque su inmovilidad continúa, sigue ahora con creciente ansiedad la marcha de un ser humano, todo vestido de negro, que apareció a lo lejos y ha tomado luego la blanca cinta de la carretera que, serpenteando, conduce al castillo.

A poco se advierte ya que es una mujer la que llega; y no mucho más tarde acierta a distinguir, en su paso rítmico y acelerado, en su airoso continente, en el ademán con que de lejos le saluda, a Lola, la joven servidora de don César que volviera a la ciudad para entrar al servicio del nuevo jefe político.

— Está el señor don César, ¿verdad? — interroga desde antes de llegar a la puerta, toda encendida y alborotada por la caminata y por la emoción.

— Está; pero ¿cómo has venido, de modo que te pudiera seguir alguno y darnos un disgusto?

— El mejor modo de engañar

es decir la mitad de la verdad. No he ocultado a dónde iba, pero he dicho que tenía que ver a mis tios, guardas de este castillo, y a nadie puede extrañarle así mi escapatoria.

Advirtió el viejo que Lola tenía prisa por desempeñar su comisión y sin más palabras se dirigió al interior del edificio en ruinas. Seguida de Lola, atravesó varias piezas sumariamente amuebladas, hasta llegar a una amplia cocina cuyo hogar, con su ancha campana, prometía gustoso abrigo para las frías noches invernales.

Apartó el buen hombre cuidadosamente los troncos que ardían, estimulando el condimento de la cena. Introdujo un largo y agudo hierro entre dos losas, como de medio metro en cuadro cada una, y levantando una que apoyaba en la pared de la chimenea una de sus aristas, dejó una gran cavidad al descubierto.

— Señor — gritó con voz potente: — aquí está Lola, que tiene que hablaros.

A tiempo que hablaba, arrojó una cuerda con gruesos nudos dispuesta. A poco apareció por el hueco abierto la cabeza de don César, quien afirmó sus manos en el borde de piedra, y de un salto quedó en el mismo plano que sus interlocutores.

— ¿Qué ocurre de nuevo, muchacha? — interrogó.

— Me presenté, señor, cumpliendo vuestras órdenes, en casa de don Fabricio, que no vaciló en admitirme a su servicio. Y la verdad es que nada he oído ni visto de particular, como no sea que don Fabricio ha recibido dos o tres veces dinero que le enviaba el capitán de la guardia de la condesa...

— ¿El capitán envía dinero al jefe político? Pues no hay ninguna razón que justifique... ¿Y nada has averiguado respecto a las razones que han determinado el insólito encumbramiento de don Fabricio?

— Nada, señor... Solamente... pero, no... esto no tiene que ver nada con lo que me preguntáis... Digo que lo que sí me ha llamado la atención es que mi amo, aunque recibe dinero de don Sebastián, no tiene su simpatía... Las dos o tres veces que el señor capitán ha estado en el despacho hablaron tan bajito que no pude oírles palabra. Pero, ¡camuflé!, las miradas que el señor capitán lanzaba a mi amo, sobre todo cuando don Fabricio no le miraba a él...

— Es muy interesante esto que me dices... muy interesante. Vuelve a tu puesto y ya me comunicarás lo que ocurre de nuevo. Como no puede extrañar

a nadie que hables con Robledo, lo mejor será, para que no llamen la atención tus viajes al castillo, que a Robledo le expliques bien lo que suceda, cuando suceda algo. Y procura saber noticias de casa del general Muro... Esto también me interesa mucho, Lolita...

EN EL PALACIO

DE LA CONDESA

Como cada día, don Fabricio se dirigió aquella mañana al palacio de la condesa doña Isabel. No era ya el hombrachón sonriente que se deshacía en saludos y reverencias con todo el mundo. Su indumento continuaba siendo ridículo, pero no podía ya atribuirse a pobreza, sino a falta de buen gusto. Flotantes los faldones de su holgada levita negra, con una cartera bajo el brazo, en la que llevaba documentos para someterlos a la decisión de la gobernadora, atravesó las calles más céntricas, entre las miradas recelosas de la gente, que creían adivinar algo misterioso, con sabor de traición, en su encumbramiento inesperado, y sin saludar a nadie, entró en el señorial portalón y se perdió a la vista de los curiosos.

No podía decirse que la condesa tuviera el odio de sus gobier-

nados, pero lo cierto es que no contaba tampoco con su simpatía. Especialmente en el pueblo, si se reconocían sus buenas cualidades se advertía también que no procedían con igual deseo de acierto la mayor parte de sus subordinados, con la misma aspiración de administrar rectamente la justicia. Era natural, por otra parte, que, mujer al fin, doña Isabel tuviera que delegar poderes de los que usaban la mayor parte de los que ejercían autoridad en provecho propio o para satisfacer pasiones personales.

Vino a aumentar más todavía el descontento, como se indica antes, la designación de jefe político de la comarca — cargo que tenía a la vez de jefe de policía y de juez en ciertas cuestiones administrativas — de don Fabricio, al que sus conciudadanos trataban con desdén, por el natural movimiento de repulsión que inspiran los que llevan demasiado a la vista la resolución de medir sin atender a los medios.

Ajeno a los comentarios que su paso despertaba, don Fabricio llegó a la presencia de doña Isabel, besó la blanca mano que se le tendía, y a una invitación de la condesa, ocupó uno de los sillones, en el que se retrepó rebo-sante de satisfacción, sin advertir la sonrisa irónica de la señora.

Gustaba ésta, luego de despachar los asuntos pendientes, de informarse de las noticias que circulaban, aunque lógico es suponer que la informaban siempre desde el punto de vista más favorable a los intereses de los funcionarios y cortesanos. Y así, aquella mañana, interrogó a don Fabricio que, con su habilidad disimulada por su aire bonachón, llevó la charla al punto que le convenía:

— Si yo tuviera, señora condesa, autoridad o amistad por lo menos con el señor general, le aconsejaría que accediera, sin pensarlo, a los anhelos de don Sebastián. No es sólo que el pobre se encuentre en una situación triste y desairada, sino que para todos sería muy conveniente la unión de dos apellidos tan ilustres.

— ¿Pues por qué razón niega el general la mano de su hija?

— No hay razón alguna, señora, si no fuera el respeto que guarda a un amor que la niña sintiera para don César de la Vega, un amor imposible en todo caso y mucho más imposible

habiendo muerto don César...

— No sabía yo nada de este asunto hasta ahora...

— Ni nadie, señora... Don César había hablado con la hija del general dos o tres veces, la última la misma noche del baile, que fué cuando el general reconoció en don César al hijo de un antiguo amigo...

— ¿Y don Sebastián había expuesto ya al general sus deseos?

— Sí, señora. Pero como doña Dolores se decidiera entretanto por don César, no le ha parecido digno insistir, aunque continúa enamorado...

— Dejadlo de mi cuenta. — concluyó la condesa. Yo hablaré uno de estos días al general...

— No me agradeceréis nunca la pena que me tomo por ayudaros, ingrato — decía don Fabricio al capitán, horas más tarde. Podéis ir haciendo los preparativos para vuestra boda con Dolores. Y pensad un poco también en mí. ¿Creeréis que con unas compras que he tenido que hacer estoy ya casi sin dinero?

CAPITULO VI

¡Don César vive!

En el mismo jardín donde trabamos conocimiento con ella, Dolores Muro, la hija del general, ocupa ahora el extremo de un banco. Han transcurrido pocos meses desde aquella tarde; pero ¡qué diferente la encontramos! Se asemejaba entonces, con su blanco cuello torneado, su delgada silueta, sus movimientos vivos, su risa ligera y su voz cantarina a un pájaro brillante, a un lindo pájaro; todo era en ella gracia y seducción. Ahora, en cambio, se queda largas horas inmóvil, mirando a un punto lejano e invisible, con las manos cruzadas sobre el regazo. Para responder a una pregunta, parece como si hubiera de despertar de un sueño. Y junto a las mejillas empalidecidas, la boca — marfil y clavel — no sabe encontrar su olvidada sonrisa.

Desde lejos la contempla el

general, sacudiendo la cabeza tristemente. Sin ruido se acerca y ocupa un lugar junto a Dolores. Le toma una mano, se la acaricia un instante y luego, con su voz grave, insinuante, comienza a hablar:

— Hija mía... Yo he respetado tu pena durante varios meses... mejor aún, la he compartido. Muchos días, mientras tú te sentabas en este banco para soñar a solas, yo te miraba desde lejos ofreciendo a tu dolor la meted del silencio. Sabía que no se consuela mejor a los espíritus bien templados...

Dolores oía la dulce voz paterna con la cabeza baja, sintiendo caer las palabras como un bálsamo sobre su herida abierta.

— ¿Podrás nunca, hija mía, decir con justicia que es el tuyo un padre severo, indiferente, un padre de los que ponen el deber

por encima de los sentimientos delincuentes que son el perfume de la juventud?

Y como Dolores, enternecida, expresara con la ardiente presión de su mano el dulce eco que hallaban en su corazón tan discretas palabras, prosiguió el general, insinuante:

— Pero si yo he sabido respetar tu pesar, debieras tú tomar de mí lo que es ¡ay! fruto de la experiencia que dan los años. Aunque te aferres al dolor con igual ansia que un naufrago a la tabla en que espera salvarse, los días irán haciendo, poco a poco y pese a ti misma, su obra. Cada vez advertirás que el recuerdo se aleja más, se torna más vago e impreciso. Llegará un momento en que para recordar el rostro que ahora tienes siempre presente deberás hacer un verdadero esfuerzo...

— No es posible... — suspiró Dolores.

— Si lo es, por triste que nos resulte reconocerlo... — afirmó el general con triste sonrisa. Y yo esperaré más aún, esperaré cuanto fuera necesario, si no pensara que tenemos un deber que cumplir, un deber al que no podemos oponer ninguna consideración razonable... La sangre de los Muro no debe extinguirse...

Callaba Dolores, deseando retrasar el momento en que habían

de pronunciarse las palabras que esperaba, y el general terminó:

— Un hombre que tú conoces y que reúne una serie de cualidades que yo no debo encomiar, un hombre que te adora silenciosamente y que ha sufrido con resignación tu desdén, me pidió hace ya mucho tiempo tu mano y ha insistido otra vez. Yo no he podido negarle.

— ¿Don Sebastián? — interrogó Dolores, con voz que temblaba.

— Sí, hija mía. Don Sebastián procede de una familia ilustre, con la que la nuestra puede sin desdoro enlazarse. La condesa vería con gusto vuestra unión y yo podría ya, cuando deba llegar el momento de morir, cerrar los ojos tranquilo, pensando que a tu lado dejó un noble corazón para amarte y un brazo fuerte para defenderte...

— Pero yo no le amo, padre mío, y no me siento con fuerzas para arrancar de mí alma el recuerdo de mi primer amor...

— No te pido que hagas otra cosa, Dolores, que adelantar con tu buen sentido lo que habría de ocurrir después, naturalmente... A los veinte años no se está demasiado tiempo enamorada de un recuerdo...

Y el general Muro, puesto en pie, acarició suavemente los negros cabellos y se volvió hacia la

casa, dejando a su hija más triste que nunca.

EL «ZORRO» Y SU HIJO

Caballero en brioso caballo, al que parecía habersele comunicado la impaciencia de su amo, un hombre vestido con el traje nacional mejicano parece volar, más que correr, en dirección al castillo de los Vega. Le sigue con ímpetu otra sombra que, para acelerar la carrera, va doblada sobre el cuello del animal que lo conduce.

El Zorro y su fiel Bernardo son los caballeros. Los minutos que pasa sin conocer exactamente el crimen que se le imputa a su hijo los motivos por los que don César ha debido ocultarse en lugar de confundir a los que le acusan, parecen al Zorro siglos. Y sin tomarse más reposo que el indispensable para que los nobles brutos no caigan extenuados, ha hecho las largas jornadas y corre, cuando le encontramos, por el valle del que era centinela esforzado en otros tiempos más duros, el antiguo castillo.

Como una tromba penetran en el recinto caballo y caballero. De un salto echa pie a tierra y arrojando las riendas a Bernardo, que ha descabalgado también, grita al viejo guarda, que con respetuoso cariño le saluda:

— ¿Dónde está mi hijo?

Comprendiendo la inutilidad de las palabras, el viejo guarda limpia de cenizas y troncos el hogar, levanta la piedra que cubre la cueva y arroja la escala por la que trepa rápidamente don César.

Un abrazo, largo, silencioso, apretado. Y es don César el que pregunta:

— ¿Tú no crees, verdad, que tu hijo haya cometido un asesinato?

El Zorro hace un ademán de impaciencia. No ha de excusarse, no ha de justificarse su hijo con quien no abrigó en su pecho la duda ni un instante siquiera. Son las circunstancias que le hacen aparecer culpable las que desea saber.

— Pues esas circunstancias son tales — añade don César, — que a no estar yo seguro de mí mismo tendría que ser el primero en acusarme.

Y a borbotones, atropelladamente, surgen de sus labios las palabras que reviven las escenas que nosotros ya conocemos... Su lance con el capitán don Sebastián, su entrevista con la condesa y don Pablo, la juerga nocturna y el peligroso lance en la mal afamada bodega, su encuentro con Dolores y el súbito amor que la muchacha despertara en él... Los ojos del Zorro relampaguean.

ban, su gesto era alternativamente de orgullo y de terrible ira, según don César refería los lances en que pusiera a prueba su valor o los momentos en que contra él se concitaban las sospechas infames, las amenazas más trágicas. Y cuando el muchacho hubo terminado diciendo:

— Sólo una persona, Dolores, no creyó que yo fuera criminal. Sólo ella me llora de todos cuantos me suponen muerto:

El Zorro cogió la mano de su hijo y murmuró:

— ¡Cuanto la quieres! El cielo haga que ella sea digna de ti!

Reflexionó largamente después y moviendo la cabeza como para desvanecer una pesadilla, púsose en pie rápidamente y gritó, mirando a su hijo:

— Puesto que tienes la conciencia limpia de culpa nada de pesimismo! El hijo del Zorro es lo bastante fuerte y debe ser lo bastante hábil para defender el honor y la vida.

Aligerado el pecho, más animoso, aunque nunca dejara de estarlo, por las palabras de aliento de su padre, don César le explicó su plan, que consistía en mantener una vigilancia en torno de don Fabricio Bornata, del capitán don Sebastián. Para ello utilizaba a Lola y Robledo, sus fieles servidoras, y él mismo, disfrazado, iría a la ciudad cuando le

pareciese conveniente. Aconsejó el Zorro respecto a algunos detalles, haciendo hincapié en lo sorprendente de la actitud del capitán de la guardia de la condesa con el nuevo jefe político. Se convino, después de pensarlo bien, en la conveniencia de que el padre quedara en una hacienda próxima, donde su presencia no llamaría la atención. De esta suerte dejaba a don César — con entera confianza y con cierto orgullo de verle tan esforzado — el cuidado de su defensa, y estaba pronto para poner su brazo de hierro, si la ocasión llegaba, junto al brazo, también de hierro, del heredero.

Quedó el caballero en el castillo aquella noche para reposarse un poco y dejar también descansar a los caballos. Y antes de que amaneciera, marchó, siempre seguido de Bernardo, al lugar en el que debía esperar los acontecimientos.

UNA NOTICIA QUE TRANS- TORNA TODOS LOS PLANES

Pasaban los días sin hacer mella en la confianza de don César, pero sin aportar tampoco algún hecho, alguna prueba e informe bastantes para hacerle romper su incógnito, recobrar su personalidad civil y confundir a los

criminales que en la sombra se hallaban. Ni por un momento pensó, sin embargo, en abandonar su empresa, en huir del país definitivamente.

Una noche — como parecía que ya nadie pensaba en él, habíanse descuidado las precauciones de los primeros tiempos — don César se hallaba sentado a la puerta del castillo cuando llegó, todo anhelante, Robledo. Por Lola acababa de informarse de que la boda de don Sebastián con Dolores era cosa ya resuelta. Incluso se había fijado la fecha en que debía firmarse el contrato matrimonial y don Fabricio parecía el novio, por lo muy satisfecho que se mostraba.

— ¿Y Dolores? — interrogó torvamente don César.

— Dolores — respondió Robledo — no hace otra cosa sino llorar. Una de las criadas se lo ha contado a Lola, toda extrañada. Hace pocos días, cuando se hallaba sola y triste como siempre, en el jardín de su casa, el señor general, su padre, se le acercó. Estuvieron conversando un rato. Y desde entonces ella llora siempre, como si en vez de prepararse para una boda hubiera de acudir a un duelo.

Después de unos instantes de silencio, don César, como quien ha tomado una resolución, se dirigió a Robledo con voz firme:

— ¿Dices que ya está fijada la fecha de la boda?

— Mañana, por la tarde, van a firmarse las capitulaciones matrimoniales.

— Pues bien: ya no podemos esperar más, Robledo. Mientras era mi vida y mi honor los que corrían el riesgo, podíamos tener paciencia, aguardar el resultado de un plan e idear otro cuando el primero fracasara. Pero ahora es a Dolores a quien se trata de sacrificar y Dolores es para mí más que la vida.

— ¿Qué vais a hacer, señor?

— Impedir que ese sacrificio se realice, sea como sea. Todo lo demás no tiene ya importancia.

— ¿No queréis consultar con vuestro padre?

— Estoy seguro de que aprobaría mi resolución si le consultara. Enviaremos al guarda para que le avise de que nos vamos, tú y yo, a la ciudad. Llevaremos cada uno nuestro caballo. Coge tú una capa de las mías y un sombrero igual o parecido a este — le ordenó, mostrándole el suyo de anchas alas. — La cuestión está en que, desde lejos, se nos pueda confundir al uno con el otro. No sé todavía lo que haremos, pero sí hemos de despistar a mucha gente a la vez, éste me parece un recurso que conviene tener preparado.

Poco después, bien arrebuja-

en sus amplias capas, cabalgaban con dirección a la ciudad. Llegaron a ella mediada la noche. Y sin que nadie los estorbara el paso ni advirtiera siquiera su presencia, se sumergían a poco en la hospitalaria oscuridad de la casa señorial de los Vega, que, como cada vez que Robledo iba al castillo, parecía esperar, abriéndose a una señal de aquél, discretamente y silenciosamente.

EL GRAN DÍA ESPERADO

Amaneció un día espléndido, ajena la Naturaleza a los minúsculos dramas de los humanos. Don Sebastián abandonó temprano el lecho, y cuidadoso de su persona se vistió su uniforme de gala. Parecía como si repicaran alegremente una porción de campanas en su pecho. ¡Dolores iba a ser suya por fin! Y el capitán, que la deseaba ardientemente desde el momento mismo en que la viera y la deseó más cuando la advirtió enamorada de otro, tenía en los labios, mientras terminaba de vestirse, una fina sonrisa para subrayar su triunfo. La imagen de don César, pálido, implorando justicia, pasó ante sus ojos un instante, pero el capitán la rechazó como se rechaza a un importuno pedigrifeo.

Aunque la impaciencia le espo-

leaba a lanzarse a la calle, entretuvo como le fué posible las horas que faltaban hasta la fijada para la ceremonia. Y vestido ya, con un libro entre las manos, sus ojos se posaban en las páginas que iban pasando las manos, mecánicamente, pero la imaginación danzaba de uno a otro tema, con la volubilidad y el incoherente vuelo de una mariposa.

— Ella no me ama, es evidente... — se decía. — Pero ¿qué sabe ella de amor? Ya se irá habituando a la idea de ser amada y lo demás vendrá luego... Lo que siempre será una amenaza en mi vida, que no me dejaré tranquilo nunca, es el naípe que guarda don Fabricio... Ahora, ya casado con Dolores Muro, puedo aspirar a los cargos más altos... Es la fortuna también la que se alia conmigo... Pues a don Fabricio podría intentar engañarle un día, emborrachándole quizá... No creo mucho en su afirmación de que el naípe lo guarde un amigo suyo... ¿Qué amigo tan leal puede tener un hombre a quien nadie quiere? Pero es tan canalla que no me atreveré con él sin saber dónde lo tiene oculto...

Cerró el libro. Era inútil leer y aunque faltaba aún cerca de una hora, salió a la calle y se dirigió a la casa del general Muro lentamente. El pretexto de saludar al general, antes de la cere-

monia, le animó a adelantar su visita y se hizo anunciar.

Le recibió el general en su despacho. Sonriendo, al comprender su impaciencia, salió el señor Muro a su encuentro.

— Excúseme si por acaso le molesto anticipándole un poco, mi general.

— No necesitáis excusaros, pues vuestra legítima impaciencia se justifica suficientemente. Tengo ya el contrato preparado y dentro de muy poco podréis firmarlo. Dolores debe acabar de vestirse ahora. Podemos esperarla en el salón, si gustáis.

— ¿Está ya mejor dispuesta vuestra encantadora hija? ¿Me permite esperar?

— Yo lo espero, capitán. Y por lo demás, vos tenéis mi palabra y el contrato se firmará ahora mismo, no lo dudéis.

Se puso en pie el general y seguido del capitán se dirigieron al salón, en el que entraba a poco, seguida de su anciana servidora, pálida y llorosa, la gentil Dolores a la que el pesar espiritualizaba más todavía, aumentando, si ello fuera posible, su belleza.

Los largos meses de pena devorada en silencio, los días interminables, aburridos y sin esperanza, deprimiendo su voluntad, le quitaron el valor para oponerse enérgicamente a los designios de su padre. Pero cuando hubo

visto la petulante y satisfecha figura del capitán, que la saludaba con una profunda inclinación, cuando vió que su padre disponía unos papeles sobre la mesa y comenzaba la lectura del contrato matrimonial, de aquella prosa monótona fijáronse en su oído las palabras:

...y por su libre y espontáneo deseo declaran ambos firmantes que se unen en matrimonio...

Dolores no pudo contenerse más y apretando con fuerza el brazo de su padre le susurró al oído con voz tan baja y dolorida como un suspiro:

— ¡Padre mío! Decís amarme tanto y vais a someterme a la crueldad de un constante sacrificio....

— Es tarde ya para estas recriminaciones, Dolores — contestó el general, también en voz baja.

— Además, yo tengo dada mi palabra...

No era posible que el largo aparte escapase a la atención del capitán, que con un poderoso esfuerzo ocultaba su cólera, pronta a estallar.

— No puedo, no puedo, padre mío... — gemía Dolores, destrozando el pañuelo de encaje entre sus dedos.

— ¿Pero qué ganarás, hija mía, alimentando con el recuerdo de un muerto una vana quimera?

Don Sebastián, que había en-

tonces permanecido inmóvil y mudo, recogió el contrato, puso en él su firma de un solo trazo seguro y, como si no se hubiera percatado de las razones que con voz agitada cambiaban el padre y la hija, se acercó al sillón en el que Dolores estaba sentada y alargando el papel la invitó a firmarlo a su vez. En su mirada solamente podía advertirse la tempestad que se había desencadenado en su espíritu.

Dolores permaneció inmóvil todavía.

— ¡Firma, Dolores! — ordenó el general.

Se incorporó la joven un poco, volviéndose hacia la ventana abierta que a su derecha tenía, e iba a alargar la mano para recoger el papel que el capitán le tendía, cuando una sombra se irguió, recortándose en el marco de aquella, un chasquido sonó en el angustioso silencio y el contrato matrimonial, roto en dos trozos, volaba por el aire.

— ¡Don César vive!

No podríamos decir, de tal

modo se produjeron simultáneamente, si fué el grito de Dolores, el largo látigo de California al introducirse silbando como una serpiente en la estancia, la sombra que en el marco de la ventana se dibujó un segundo para desaparecer con igual rapidez que se presentara, lo que antes percibieron el general y el capitán de la guardia de la condesa. Quedó aquél inmóvil, sin acertar a coordinar sus pensamientos. Pero don Sebastián, comprendiendo que para él los instantes eran preciosos, se lanzó fuera de la estancia, corrió como un poseso hasta encontrar a unos soldados, les ordenó que registraran los jardines de la casa del general para encontrar a don César de la Vega que debía estar escondido en ellos y siguió corriendo hacia el palacio de la condesa Isabel, mientras en sus oídos sonaba aún, preñado de amenazas que le ponían frío en la espalda, el grito de Dolores:

— ¡Don César vive!

CAPITULO VII

El sargento Machado

Entró en el palacio de la condesa don Sebastián, como un huracán. De cuatro en cuatro subió los escalones, ante las asombradas miradas de los soldados de la guardia y al primer criado con el que tropezó le dijo, empujándole para que no desenidara el transmitir su recado:

— Decid a la señora condesa que tengo que darle una importante y urgentísima noticia.

Mientras el criado iba y volvía con el recado, don Sebastián se paseaba por la antecámara, presa de la mayor agitación. Un tumulto de pensamientos desordenados asaltaban su imaginación y de entre ellos era el que preponderaba el de apoderarse rápidamente de don César. El hijo del Zorro en libertad no eran sus sueños de amor y de ambición deshechos precisamente, eran también la amenaza constante contra su persona.

— Entrad — vino a decirle el criado.

Le siguió hasta el salón en que la condesa se hallaba. Por la palidez de su rostro, por la agitación de que daba muestras, comprendió, desde luego, doña Isabel que algún hecho que le afectaba de cerca se había producido, y excusándole con un gesto de toda ceremonia, le indicó:

— Hablad, don Sebastián, que en verdad os escucho con la mayor impaciencia.

— Señora — dijo el capitán, — un hombre que pagó vuestras bondades con la ingratitud más negra, un hombre que llevó su osadía hasta esgrimir su espada bajo vuestro techo hospitalario y asesinó a vuestro noble primo, don César de la Vega, para decirlo de una vez, de quien todos creímos que se había hecho justicia aquella misma noche, no ha muerto...



Don César de la Vega abre los ojos en los brazos de su amada, después del golpe que le hizo caer a tierra desvanecido, pero es para oír la rotunda acusación de don Sebastián...



—¿Presumida que ha pasado, don César? Mejor que nadie lo sabéis vos, que reñisteis con el señor barón a causa de una galantería con cierta dama y habéis venido luego para insultarle y amargarle cuando intentó detenerse...

— ¡No es posible! — exclamó la condesa. — Soñáis, sin duda, capitán... ¿Os habéis olvidado que varias barcas buscaron toda la noche su cuerpo, sin encontrarlo?

— Perdonadme, señora, lo he visto yo mismo y en circunstancias que no hacen posible la duda... Y, por eso, para no perder el tiempo, si es que queréis castigar al criminal, he corrido, mientras dejaba a unos soldados registrando el jardín en que debe de estar oculto, a pedirlos que me déis una orden de detención.

Vivamente, contagiada por la impaciencia de don Sebastián, la condesa se dirigió a una mesa próxima y cogiendo un papel escribió lo siguiente:

Se ordena al sargento mayor Machado que pida inmediatamente ayuda al jefe político para la captura de don César de la Vega, conocido por El hombre del látigo.

ISABEL, CONDESA DE ALLATAR

— Excusadme, señora, si no me detengo, pues creo que no tenemos tiempo que perder, si hemos de coger al hombre del látigo. Ya ha dado bastantes pruebas de su astucia para que le dejemos que nos tome mucha delantera esta vez.

— Id con Dios y no me olvi-

daré de vuestro celo. Vuestro cariño hacia mí y la diligencia que ponéis en vengar a mi difunto primo, que tanto es distinguido, tendrán su recompensa, señor capitán.

Desde el palacio de la condesa voló don Sebastián a la casa del general Muro. El minucioso registro practicado en el jardín, como él ya se temía, no dió resultado. Todos los vecinos, a los que se interrogó, afirmaron no haber visto a don César ni a ninguna otra persona correr con aire de huida, ni saltar las tapías del jardín del general.



El jefe político hallábase también aquella mañana de un humor excelente. La boda de don Sebastián engrandecía a su esclavo, y, por consecuencia, señalábase el hombre engrandecido, y más seguro cada vez en su posición. Sentado ante la mesa de su despacho, lujosamente amueblada, tenía a la mano, abierta ante él, una caja llena de monedas de oro, en las que había sumergido la mano, sintiendo una placentera sensación de bienestar, como buen svaro, al contacto de su piel con el áureo metal.

De repente oyó una voz agitada que preguntaba por él. Guardó la caja precipitadamente y se

disponía a informarse de quién era el visitante cuando entró en la habitación sin demandar permiso don Sebastián, que, desde la puerta, le lanzó el mismo grito — ¡pero con qué diferente entonación! — que brotara poco antes de labios de Dolores:

— Don César vive. ¡Estamos en peligro!

Don Fabricio se recogió en el sillón, como si la temperatura se hubiera enfriado de repente. Su mano temblaba cada vez que se sujetaba las gruesas gafas de miope, mientras el capitán hizo el relato de lo ocurrido en la casa del general.

Al capitán le pareció advertir que, a medida que don Fabricio se serenaba, estaba más alejado de él, como si no le afectase directamente la noticia y temió una traición, nada extraña en hombre de contextura moral tan poco sólida.

— Cuando digo que estamos en peligro, don Fabricio, me refiero a los dos, a usted y a mí. Mi crimen — añadió en voz baja — nos ha servido a los dos y justo es que estemos indisolublemente unidos para defendernos.

— Hombre — balbuceó don Fabricio, que tenía la boca seca. — Vuestro crimen, en todo caso, es vuestro sólo y no mío.

— Os engañáis... Si llegara el

momento del castigo, a vos os condenarían igualmente como cómplice, no lo dudéis. Ni siquiera el denunciarme ahora, al cabo de tanto tiempo y cuando os habéis aprovechado de mi influencia para medrar, os serviría de alivio.

— No tenéis que insistir — repuso don Fabricio, convencido de que el capitán decía la verdad. — Cuanto más que no he pensado nunca en abandonaros y que si hay peligro, no es tan grande quizá como parecéis temerlo.

— Don César vivo y libre es siempre para nosotros un grave peligro. Su familia es poderosa y estará dispuesta a indagar y esforzarse para esclarecerlo todo.

— Vamos, pues, a capturarlo lo antes posible. ¿Habéis imaginado algo?

— Tengo ya la orden de captura, firmada por la condesa, para el sargento mayor...

— ¿El sargento Machado?

— Sí. Es hombre hábil e incansable para seguir una pista y no tardará mucho en detenerlo.

— Pues enviadla en seguida.

— Abajo tengo un soldado que me espera. Pero he querido avisaros para que estéis advertido del peligro y pongáis a disposición del sargento todos los elementos que necesite.

— ¿No añadiréis a la orden de la condesa alguna indicación vuestra que le sirva de orientación?

— Mejor será que la escribáis vos mismo. Decidle que situándose en la posada de Ramón, en la carretera, a la entrada de la ciudad, tiene muchas posibilidades de adquirir noticias de don César, pues me figuro que no ha estado oculto aquí todos estos meses, sino que vendrá y volverá a alguna hacienda próxima. También debería practicar algunos registros...

— Está bien, está bien — murmuró don Fabricio, escribiendo sus instrucciones para el sargento Machado.

Dobló después el pliego, entregándolo a don Sebastián. Salíó éste para entregarlo al soldado que esperaba y al trote rápido de su caballo se encaminó el soldado al cuartel donde el sargento tenía su residencia.

* * *

Con su viva imaginación supuso don César de la Vega, apenas hubo abandonado con toda la rapidez que le permitieron sus piernas el jardín del general Muro, que no tardaría en circularse una orden de captura de su persona.

Pensó, en consecuencia, que

era muy importante conocer el rumbo que iban a tomar las pesquisas de sus perseguidores y tomando su capa que le tendió al paso su amigo Robledo se dirigió al único cuartel de la ciudad, situado en una calle extrañada de la misma.

Atardecía, y don César pudo darse cuenta, en tanto que como un enamorado paseaba la calle solitaria, que el centinela del cuartel estaba solo en la puerta del mismo.

Sus compañeros, sin duda, distraían la monotonía de la guardia con alguna partida de naipes o dormitando en una de las habitaciones exteriores.

Se acercó don César al centinela cautelosamente. Aprovechando los momentos en que el soldado, que paseaba y volvía sobre sus pasos metódicamente, le volvía la espalda, situóse detrás de la garita. Y cuando otra vez pasó junto a él e inició la vuelta, lo sujetó con la mano izquierda, le tapó con su pañuelo la boca para impedirle gritar, lo ató, aprovechando la sorpresa del infeliz con su látigo, tan fuerte como de acero, y lo depositó en el interior de la garita.

Después cogió el amplio y largo capote, que en la misma garita se hallaba, cambió su sombrero por el gorro del centinela,

encasquetándose hasta los ojos y esperó temiendo que le pasara el tiempo de la guardia y vinieran a relevarle antes de que llegara la orden que le interesaba conocer.

Por fortuna, había transcurrido apenas media hora cuando oyó el galopar de un caballo que entró ruidosamente en la calle y se dirigió hacia el cuartel.

— ¡Alto! ¿Quién vive? — gritó, amenazando al jinete con el fusil.

— Traigo una orden urgente para el sargento Machado — contestó el soldado, creyendo habérselas con un compañero.

— El sargento tiene mandado que no entre nadie al cuartel sin identificar su persona. A ver la orden.

Se la alargó el jinete, sin desconfianza.

— Está bien — dijo don César, después de haberla leído y de informarse de las instrucciones que por su cuenta añadía don Fabricio. — Podéis pasar.

Y mientras el soldado entraba en el cuartel se despojó del capote, se caló un sombrero de anchas alas y echó a correr, en busca de su caballo, que dejara atado en un sitio próximo.

Como el centinela, al que por temor de que se ahogara había quitado don César, en el momento de huir, el pañuelo que le

servía de mordaza, diera grandes gritos en demanda de socorro, salieron pronto varios soldados que aun acertaron a ver una sombra envuelta en amplia capa que corría en demanda de un caballo, al que subió de un salto. Cogieron los suyos los soldados, lanzándose en persecución del fugitivo y no tardaron en irle a los alcances. Viéndose ya sin escape posible, el que huía detuvo en seco su cabalgadura. Y los perseguidores se encontraron con el buen Robledo, que protestaba de la persecución y de la detención, afirmando que no sabía de quién se le hablaba ni había estado en la puerta del cuartel desde que era pequeñito...

DONDE SURGE UN NUEVO Y CURIOSO PERSONAJE

Alto, desgarbado, con el andar parecido al de los marineros cuando saltan a tierra, con el bigote caído y el gesto hosco, con un negro parche cubriéndole el ojo izquierdo, el sargento Machado parecía estar siempre reñido con los demás y hasta consigo mismo. Sus explosiones de cólera eran frecuentes y no menos terribles que su crueldad con los que caían bajo su mano.

Por un contrasentido que aun todavía es muy frecuente, sus

superiores le tenían por hombre muy útil y hábil, confundiendo la brutalidad con el amor a la disciplina, la crueldad con la sana severidad.

Aquella tarde entró el sargento en el cuartel dando gritos, como de costumbre. De un manotazo aproximó una silla a la mesa que en el centro de un cuartucho con honores de despacho tenía reservado en el cuartel y golpeando con el puño la mesa pidió que le trajeran cierta botella de espeso vinazo con el que acostumbraba a matar el tiempo, pues no podía ser otra la manera como hasta al tiempo tratara el valentón malencanado.

Largo rato llevaba sentado ante la botella, cuando le avisaron que el jefe político le enviaba por un soldado una orden urgente. Con un gruñido dispuso que pasara adelante el mensajero, jurando entre tanto contra su suerte perra, que le obligaba a recibir órdenes de todo el mundo y todas urgentes.

— Bah — siguió gruñendo, cuando hubo leído la orden. — No sé que importancia le dan a este mequetrefe. «El hombre del látigo», como quien dice alguna cosa. Con su mismo látigo me lo traeré atado a la cola de mi caballo.

Había terminado apenas de

expeler estas palabras por entre las cerdas de su bigote, que le tapaban la boca, cuando vinieron a informarle de lo ocurrido con el centinela. Al cabo de media hora vinieron los soldados trayendo preso a Robledo.

— ¿Por qué corrías tú? — le preguntó el sargento, dándole, una bofetada, sin duda para estimularle a responder la verdad.

— ¿Y por qué no puedo correr, si bien me parece? — preguntó a su vez dignamente Robledo.

El sargento, que tenía la mano mucho más rápida que la inteligencia, tardó unos segundos en asimilarse el concepto.

— Eso también es verdad — acabó por decir. — Pero bueno será que se lo lleven al señor jefe político, para que él disponga.

Y como nadie se moviera, terminó, dando un puntapié a Robledo:

— ¡Largo de aquí!

El fiel Robledo, con fuerte escolta se dirigió a la casa de don Fabricio, pasando en seguida a su presencia.

Es inútil querer expresar cuál fué la sorpresa y la inquietud de Lola, que seguía desempeñando cuidadosamente en la casa del jefe político su papel de criada y de espía, cuando vió a Robledo preso y conducido a la presencia de don Fabricio, que no había

de tardar en reconocerle como uno de los fieles servidores de los Vega. Manióbró con disimulo, yendo y viniendo por la sala como doméstica que goza de la confianza de su amo, y pudo, por fin, situarse de modo que Robledo, aunque teniendo dos soldados a cada lado, con solo volver la cabeza le era posible, mientras los otros conversaban, cambiar con unas señas.

Ellas bastaron para hacer comprender a la muchacha que don César había dado ya señales de vida ante sus enemigos, que por el momento había logrado escapar e iba a jugarse próximamente, sin duda, la partida decisiva.

Y así, mientras Robledo quedaba detenido, Lola, con un pretexto cualquiera, salía a la calle para hacer llegar a la hija del general, por medio de una criada, el ruego de que la recibiera al siguiente día, porque tenía cosas interesantes que decirle.

EN LA POSADA DE RAMÓN

Oculto en el portal de una casa próxima asistió don César a la fuga de Robledo, a la persecución que ya tenía prevista y, si bien no pudo presenciar la captura, por descontada la tenía también, habida cuenta del número de sus perseguidores.

Le tranquilizaba, no obstante, la seguridad de que no podría reconocerle el centinela como el individuo que le había atado y amordazado y que, aun en el caso de que por explicable confusión tal cosa ocurriera, no podía ser grave la pena, ya que el delito no había sido tan grave y por otra parte todo estaba subordinado al resultado final de la empresa en que, para salvar su vida e impedir el sacrificio de Dolores, estaba él empeñado.

Dirigióse, pues, a pie hacia su casa — donde todo el mundo estaba ya informado, desde la noche anterior, de su existencia — y ordenó a uno de los criados que fuera a la posada de Ramón, encargándole al posadero que le tuviese preparado para la mañana siguiente un espléndido almuerzo.

Después y por si acaso se le ocurría a alguno de sus enemigos verificar un registro en su casa, salió al campo para pasar la noche, como venía haciendo desde varios meses atrás, en el medio derruido castillo.

Se levantó con el día y, con su látigo enrollado al brazo, ceñida la espada y bien envuelto en su capa, se dirigió a la posada de Ramón.

Era el tal establecimiento por el estilo de aquel que describe Cervantes, en el que podía ha-

llarse, al decir del posadero, de todo cuanto produce la tierra o se cría en el mar y en los aires, pero todo lo cual se reducía en la realidad a unas orejas de cerdo saladas, unas sopas de ajo y un pan duro y casi negro. En lo que al ornamento del comedor-cocina se refiere, consistía en una mesa destartallada, mal ajustada al suelo en medio de la habitación, algunas sillas cojas ó tullidas, unas ristras de ajos, colgando tras de la puerta y algunas sartenes y peroles, pendientes de la pared, sobre el fuego. Pero como en la Naturaleza hay una sabia ley que tiende siempre a restablecer el equilibrio, la escasez de muebles y de útiles para guisotear estaba compensada ampliamente con la abundancia de tizne que decoraba los desconchados muros, con el polvo que se amontonaba en los cristales en todos los rincones y rendijas.

— ¡Eh! — gritó don César, entreabriendo suavemente la puerta y asomando con precaución la cabeza. — Ramón de todos los demonios, ¿así recibes a tus huéspedes? ¿Dónde diablos estás metido?

— Pase, pase, señor — exclamó Ramón, saliendo de una de las piezas interiores. — Ya estoy avisado de la visita de vuestra merced y precisamente estaba

por ahí dentro, desplumando a único pollo que me quedaba en la casa.

— ¿Te dijeron que me preparases un buen almuerzo?

— Vino anoche mismo a decirme su criado, señor.

— Pues bueno; ahora te voy a decir que necesito también que no haya nada que darle de almorzar a otra persona que llegará aquí esta misma mañana. Te voy a pagar bien por comer yo y mejor aún por que no coma el otro. ¿Qué te parece? Aunque si lo pienso bien — añadió alegremente, — no habrá que estimularte mucho para que mates de hambre a tus huéspedes...

En estas razones se hallaban hacía rato, bromeando don César, excusándose el posadero con socarronería, cuando se oyó el trotar de unos caballos que frente a la posada hicieron alto, y el sargento Machado, después de ordenar al soldado que le acompañaba que montara la guardia en la carretera por si veía pasar persona sospechosa, penetró en la posada, maldiciendo su suerte, maldiciendo a don César, al caballo que le había traído, a las órdenes urgentes, al cielo y al infierno. Sin saludar, lo que hubiera desdicho de su carácter, se dejó caer en una de las derrengadas aillas, pidiendo al posadero

que le preparase el yantar, porque con tanta urgencia como se le recomendara no había tomado bocado desde que se levantara, y eran ya cerca de las once.

— El caso es que como han pasado varios viajeros esta mañana por aquí no podré servirlos como vos os merecáis y yo desearía, señor sargento... Traeré lo que encuentre por ahí, pero contad con que no será mucho.

Y el posadero salió, dejando solos al sargento y a don César, para volver a poco con una sartén llena de patatas, medio pan duro y una botella de vino. El sargento Machado miraba, con su único ojo utilizable, la maniobra del posadero. Y su malhumor por la miserable comida se elevó a la quinta potencia al advertir que don César, callado e inmóvil hasta aquel momento, comenzaba a poner al descubierto las viandas que a prevención se había hecho preparar. Con aire beatífico colocó sobre la mesa un pollo asado al horno, dorado y reluciente, un pan tierno y crujiente, aceitunas y otros relieves no menos apetitosos que esparcieron por la estancia un olorillo capaz de revolucionar al estómago más delicado.

Ni de estómago ni de urbanidad lo era demasiado el sargento Machado que, acercándose al

fogón, inclinado sobre el cual seguía su trajín el posadero, de un violento manotazo lanzó por el suelo la sartén con las patatas, el negro pan y la botella de vino con que pensaban regalarle.

Miró Ramón, afligido y temeroso hacia el lugar que don César ocupaba, no sabiendo de qué modo parar el chubasco que encima se le venía. Don César se puso en pie y cortésmente invitó al sargento.

— No lo tome usted a mal — dijo conciliador. — Estos desdichados no saben con quién tratan y hasta puede ocurrir que realmente no tenga nada más que ofrecerle. Si usted quiere hacerme el honor de compartir mi modesto almuerzo...

Sin abandonar su aire enojado, el sargento vino a sentarse junto a don César. Aun refunfuñaba cuando glotonamente comenzó a dar al pan y a una de las patas del pollo terribles mordiscos.

— ¿Sois, si no me ha parecido oír mal, el sargento Machado, el gran Machado? — preguntó don César mientras le llenaba el vaso de vino. ¿Vais, quizá, a la capital?

— Sí — contestó el sargento, en cuya dura costra hacían también suella los elogios. — Esta tarde iré a la capital, porque estoy encargado por la señora

condesa de un servicio muy delicado.

Y añadió con aparente enojo, pero muy convencido de su importancia:

— Todas las cosas interesantes me las cargan a mí. Luego tendré una conferencia con el jefe político...

— ¿Con don Fabricio Bernsta? ¿Conocéis mucho al nuevo jefe?

— Hasta ahora no hemos tenido ocasión de tratarnos... A quien conozco mucho es al capitán de la guardia, don Sebastián... — añadió el sargento, al que el buen vino iba soltando la lengua.

— ¡El capitán de la guardia! — comentó don César, y añadió, sin que el sargento acertara a coger el acento irónico de su interlocutor: — ¡Una persona dignísima, por cierto... ¡Una verdadera alhaja!

El sargento engulló un gran trozo de carne y después de limpiarse el bigote con el dorso de la mano cogió el vaso y dijo, antes de beber:

— Por lo visto os tratáis con buena gente en la ciudad. ¿Quién sois? Por qué todavía no me habéis dicho vuestro nombre...

— No tiene importancia — dijo don César sonriendo. — Como mi nombre no os dirá nada, podéis llamarme de cualquier modo don Q., por ejemplo.

— ¡Don Q., tiene gracia! — exclamó el sargento, sin dejar de masticar.

— Y permitidme, famoso y bizarro sargento, que levante mi vaso para brindar por el éxito de la empresa que os preocupa en estos momentos y que seguramente será digna de vuestra categoría y de vuestro renombre.

Chocaron los vasos y después de beber, el sargento Machado explicó:

— El asunto no es cosa difícil, estando yo de por medio. Se trata de capturar, sencillamente, a un hombre cuya reputación proviene de lo bien que maneja el látigo.

— ¡Ya! Y a vos os parece que un hombre que maneja muy bien un látigo no sabrá seguramente manejar la espada.

Iba a contestar el sargento cuando el soldado que había venido dándole escolta penetró en la estancia, sin duda con la pretensión de participar en el ágape. Pero el sargento Machado, al que divertía mucho la conversación y no estaba dispuesto a compartir el almuerzo con nadie, le hizo salir con cajas destempladas.

— Vete y no me molestes en una hora por lo menos — le gritó.

— Pues, nada, nada, señor sargento — insistió don César. — A ver cómo os salís rápidamente con la vuestra. Lo que lamento

es no poder ayudarlos, porque precisamente — dijo poniéndose en pie y desarrollando el látigo que llevaba al brazo — el hombre del látigo y don Q. son una misma persona...

De un solo movimiento, que hizo rodar la silla en que estaba sentado, se puso en pie el sargento, tiró de espada y lleno de cólera se lanzó sobre don César. Pero el joven, que le esperaba, hizo jugar el brazo, y el látigo, como una serpiente, se enrolló en torno del cuerpo de Machado que quedó inmóvil.

Antes de darle tiempo para reaccionar, aunque hubiera sido muy difícil de todos modos, don César le arrancó la espada que aun esgrimía y empujándole con violencia hasta la pared, hizo girar la puerta que recuía al corral, la apretó contra Machado y sujetándola con una cuerda a un clavo enorme que parecía allí clavado al efecto, le dejó emparedado en la más incómoda situación que puede imaginarse.

Después se apoderó de su capa galoneada y del sombrero que había rodado por tierra, y sin hacer caso de las lamentaciones del posadero, que preveía para dentro de poco una paliza más que regular sobre sus costillas, se colocó con goma un bigote que a prevención traía, se tapó un ojo con un parche y dió unos pasos balanceándose y gruñendo con voz ronca como un condenado:

— Que me maten ahora mismo — dijo para sí — si no me confunde todo el mundo con el gran Machado, el bizarro y famoso sargento, para quien capturar al hombre del látigo era una empresa tan sencilla que no valía la pena...

Y despidiéndose con un alegre ademán del posadero, salió a la puerta, cogió el caballo del sargento que parecía esperarle y, seguido del soldado, que continuaba montando su guardia tristemente y no se atrevió a pronunciar palabra, salió al galope con dirección a la ciudad...

CAPITULO VIII

Don César contra Don César

Mientras supuso muerto a don César de la Vega, no creyó delgado ni necesario el general de Muro reprimir a su hija por el amoroso culto que tributaba a su memoria. Por otra parte, aunque el general fuese hombre rígido, para el cual el concepto del honor y la inflexibilidad de la ley no tenían más que una interpretación, consideraba que don César había borrado su crimen con su propia sangre.

Pero el incidente ocurrido en el momento en que iba su hija a firmar el contrato de su boda con don Sebastián, revelando que el hijo de su amigo vivía por no se sabía aún que serie de milagrosas circunstancias, suscitó en su ánimo varias y contrarias sensaciones. En primer lugar sentía el amargor que supone siempre el haber sido engañado. De otro lado sentía revolverse en su espíritu todos los agrios sentimientos que en él fructificaran

a la vista del repugnante crimen y que el tiempo había ido atenuando. En fin, advirtió rápidamente el peligro de que su hija se dejara arrastrar por una pasión a la que ya no podía el general encontrar excusa, puesto que nada en el mundo le parecía ser excusa cuando se trataba de conservar immaculado su apellido ilustre. Si un momento también pasó por su mente la idea de lo que Dolores habría de sufrir ahora, la consideración de que el criminal lo era quizá por un arranque de juvenil vehemencia, rápidamente se alejó estos pensamientos para lanzarse, con todas sus fuerzas, a lo que consideraba el cumplimiento de sus deberes.

Desde aquel instante se convirtió en el auxiliar más decidido y fuerte de sus verdaderos enemigos. En una entrevista con la condesa doña Isabel corroboró las manifestaciones del capitán

de la guardia y aun ofreció poner a disposición de éste y del jefe político cuantos soldados creyesen necesarios para asegurar el éxito de la empresa. Y cuando hubieron transcurrido unas horas y consideró que doña Dolores, su hija, podía oírle ya con tranquilidad, desvanecida la impresión que hubiera podido producirle la fugaz aparición de don César, le hizo conocer por medio de un criado su deseo de hablarla.

Acudió doña Dolores a la presencia de su padre toda transformada. De nuevo brillaban sus ojos, parecían teñidas de rosa sus mejillas.

— ¿Veis cómo hacía bien en esperar? — exclamó, lanzándose a los brazos de su padre.

Pero el general acarició los enredados cabellos, la hizo sentar después a su lado y dijo gravemente:

— Lo que a ti te produce tanta alegría me ha sumido a mí, querida hija, en el mayor desconsuelo. Sin duda no has pensado en el triste fin que le aguarda a don César si cae en poder de la justicia, como, por otra parte, no puede menos de suceder. ¿Es que, por acaso, es menos criminal ahora que cuando creímos verle matarse, en el mismo palacio de la condesa? Sí, sí... ya sé que vas a decirme — interrumpió

pió a doña Dolores que intentaba hablar — que tú no le crees criminal. Desgraciadamente sólo se funda tu convicción en la simpatía con que le miras...

— El me dijo que era inocente, padre mío, y de tal modo me lo dijo que no podía ser más que la verdad lo que decía... No puede ser que se mienta con aquel acento, con aquella mirada. No puede engañarme tampoco mi corazón, que vos habéis educado en el amor a la verdad y a la dignidad y que cada vez late más fuerte por él, padre mío...

— Podría yo imponerte silencio, podría ordenarte que no me hablaras más en favor de un hombre sobre el que pesa una sentencia de muerte — rearguyó, esforzándose por convencer a doña Dolores, el general. Pero tú sabes bien que eres el único cariño de mi vida, sabes que por evitarte un disgusto estaría dispuesto a perderla. Escúchame, Dolores: es a tu buen sentido, a tu reflexión, a los que hablo y no como un padre autoritario, sino como un amigo.

Le cogió las dos manos y le habló pausadamente, mirándole a los ojos:

— Supón, hija mía, que yo no existo, que eres la dueña de tu voluntad y nadie hay que te aconseje o te cohiba. ¿Qué ha-

rias tú, al saber vivo a don César? ¿Huirías a compartir con él los horrores de una emigración miserable, puesto que habrías de marchar a un país lejano y os serían confiscados todos vuestros bienes? ¿Te quedarías aquí, esperando... no sabrías decir qué? ¿Y qué situación la tuya en este caso y cuál sería la situación que podrías crearte, cualquiera que fuese tu conducta?

Como en el horizonte de un mar azul y tranquilo aparece una nubecilla que, empujada por el viento, lo transforma todo en gris primero, en oscuro y tempestuoso a los pocos momentos, las palabras del general fueron apagando la sonrisa que iluminaba la cara de Dolores y tornándola seria, grave, compungida. Seguía el general argumentando con su voz insinuante y oyéndole, comprendiendo que era la verdad desnuda de lirismos la que estaba en su boca, Dolores comenzó a llorar, silenciosamente...

LOS BUENOS PROCEDIMIENTOS DE LA EPOCA Y DE MUCHAS EPOCAS

Viéndole cabalgar envuelto en la capa, cuyo alto cuello levantado le ocultaba buena parte del

rostro, viéndole desmontar luego y arrojar displicente las riendas del caballo al soldado que le daba escolta y subir, refunfuñando, las escaleras que conducían al despacho del jefe político y apartar de un empujón al criado que le preguntaba por su nombre para anunciarlo y penetrar como una tromba en el despacho, nadie podía creer que se hallara en presencia de don César de la Vega o don Q., como él pidiera que le llamaran, pues gestos, ademanes y gruñidos correspondían perfectamente a los del sargento Machado. Para cerrar cualquier resquicio por donde pudiera penetrar la desconfianza, don César se acercó a la mesa sin perder tiempo, y con el sombrero que se quitó con cortesía en él más que extraña, enganchó las gafas de don Fabricio, que en la mesa reposaban sobre unos papeles, y papeles y gafas rodaron por el suelo. Y fué después desgraciada casualidad que el falso sargento se azorase ante el estropicio, con lo que aumentó el daño, pisando las gafas al intentar recoger los papeles.

Don Fabricio, tan miope como sabemos, quedó ya en situación difícil para apreciar detalles y diferencias que da otra suerte acaso no hubieran escapado a su mirada. Pero estaba a su vez

demasiado azorado e inquieto para reprochar pequeñas torpezas, por lo cual se limitó a murmurar, como respuesta a las torpes excusas del que dijo ser el sargento Machado:

— Le estaba esperando, señor sargento. Pero, la verdad, habéis entrado de un modo que me habéis asustado.

— Es que tengo una mala suerte que no me la merezco, don Fabricio... — se excusó el sargento. — Uno queriendo siempre hacerlo del mejor modo y todo sale peor... Por venir de prisa a ponerme a vuestras órdenes ha sido todo...

— Bien, bien, no se hable más de ello, pues a la tarde tendré otras gafas. Y decid, decid, que esto es lo importante: ¿habéis hecho ya algunas gestiones para detener a ese endiablado don César de la Vega?

— Nada útil, hasta ahora. Pero ya comprenderéis que no se me escapará ese pollo. Esto es poca cosa para el sargento Machado. Me conozco bien y también conozco a don César de la Vega.

— ¡Ah! ¿También conocéis a don César?

— Mejor que nadie — refunfuñó el sargento, sin que fuese posible advertir la ironía que rezumaba su afirmación.

— Bueno, bueno. Pues ha ocurrido una cosa muy interesante

y que puede ser una pista magnífica. El muchacho que detuvieron antes vuestros soldados y me enviasteis aquí ha resultado ser un criado de don César. (No os parece que estaría en combinación con él y que debe saber dónde se oculta?)

— Naturalmente. Y tiene que decirlo.

— Es claro. Yo le he interrogado, comunicándole para que nos informe. Pero él jura y perjura que no sabe nada, que no ha visto a su señor desde hace muchos meses y que tampoco lo diría aunque lo supiera, por que antes se dejaría matar que hacerle una traición a don César.

— Eso se dice; pero yo sé cómo se hace hablar a estos hombres tan reservados. Hacedmelo traer acá y veréis cómo yo tengo un procedimiento estupendo para que cante de plano.

— Así, pues, ¿concedéis tanta importancia como yo a lo que pueda decirnos?

— ¡Ya lo creo! Y poco puedo yo o le sacó lo que nos importa para salir airosos de esta empresa y dejar satisfecha a la señora condesa.

Don Fabricio cogió al sargento por un brazo y, aunque estaban solos en la habitación, le hizo inclinarse para poder hablarle al oído:

— Yo conozco una persona

que también está muy interesada en que se encuentre al tal sujeto. No puedo ser más explícito, pero sí os diré que el capitán don Sebastián no se mostraría tacaño para recompensar al que se lo entregara.

— Pues decirle que vaya preparando el dinero — contestó también en voz baja, que procuró hacer terrible, el falso sargento. — Por cierto — añadió en seguida — que quiero haceros una consulta sobre cierto extremo que me parece de la mayor importancia. Cuando logre coger a don César, ¿debo llevarlo a la presencia de la condesa... o dejarlo tieso de un tiro por el camino?

— En estos casos, mi querido señor Machado, me parece que lo mejor es lo último. Puesto que el desdichado tiene² que morir, ¿para qué hacerle pasar antes por tantos trámites enojosos?

— Estamos entendidos — dijo el sargento, dándole un formidable puñetazo, como bromeando, a don Fabricio. — Veo que sois hombre discreto... y piadoso.

Y añadió, después de lanzar una carcajada brutal:

— Traedme a ese preso y marchaos. Mis procedimientos dan mejores resultados cuando se aplican sin testigos.

Salió don Fabricio, esponja-

disimo y satisfecho por los ánimos que había cobrado, gracias al tono jactancioso con que el sargento se expresaba, y a poco regresó, acompañado de uno de los funcionarios a su servicio y del pobre Robledo. Conocía éste por referencias la crueldad de Machado, sus procedimientos con los infelices que caían en su poder, y aunque decidido a callar, aunque para callar hubiera de arrancarse la lengua, venía tembloroso a sufrir el interrogatorio y las consecuencias de su negativa.

— Echenme para acá a ese granuja — gritó el sargento con voz cavernosa — y esperen ahí fuera, que llamaré para que se lo lleven. A ver, a ver — siguió con voz fuerte, para que lo oyeran don Fabricio y los criados mientras salían y quedaban detrás de la puerta. — A mí hay que decirme toda la verdad.

— Ya he dicho que no sé nada, que no puedo decir nada — contestó Robledo dignamente.

Le cogió el sargento de un puñado, le arrastró hasta el extremo de la habitación más lejano a la puerta tras de la cual esperaban don Fabricio y los suyos y vociferando le continuó:

— Dime dónde está don César, granuja.

Y en voz baja:

— Grita, idiota, como si te

estuviera desollando vivo. ¿No sabes quién soy?

Entre el pánico que ya tenía y la sorpresa de reconocer, bajo el disfraz, a don César, Robledo estaba mudo. Casi hubo de pegarle verdaderamente el falso sargento para que se decidiera a escandalizar como convenía.

— ¡Ay... ay...! Suélteme, que yo lo diré todo.

Desde fuera de la habitación se oían los golpes sordos, los puntapiés que don César aplicaba... a los muebles y los berridos de Robledo. Cuando juzgaron haber dado la impresión de la realidad bastante a lo vivo, don César abrió la puerta y llamando a don Fabricio le gritó:

— No falla, no me ha fallado nunca. Ya me ha dicho que don César se esconde en el castillo de los Vega y la manera de llegar hasta él... No hay que perder tiempo. Venga usted con nosotros y nos llevaremos también a este granuja, no sea que haya tratado de engañarnos. Como voy yo — añadió jactanciosamente, — no necesitamos a nadie más. Pero nos llevaremos también un par de soldados, sobre todo para que se encarguen de vigilar el preso.

— ¡No sería mejor — insinuó don Fabricio, que no las tenía

todas consigo — llevar quince o veinte soldados?

— No es necesario, ni conviene perder tiempo. Vámonos.

— Como usted quiera. Pero de todos modos, lo que haré será enviar recado a don Sebastián para que vaya él también con refuerzos.

Y como a esto no tuviera el falso sargento, si quería seguir conservando su papel, nada razonable que oponer, don Fabricio encargó a uno de los funcionarios que se hallaban presentes:

— Busque usted por todas partes al capitán de la guardia de la señora condesa y dígame que ya sabemos dónde se oculta el pájaro; que vaya lo antes posible, con los soldados que pueda, hacia el castillo de los Vega, para dónde nos dirigimos ya nosotros...

V a tiempo que bajaba la escalera, resoplando, aun preguntó:

— ¿Usted cree, señor sargento, que llegaremos a tiempo de atraparle?

— Hágase cuenta, don Fabricio — replicó el otro disimulando una sonrisa bajo el descuidado bigote, — que lo tenemos ya entre nosotros...

CONTRA EL AMOR NO SE RAZONA

Cuando una joven doméstica vino a pasar el recado de que



Han pasado treinta años, pero, salvo lo que ha ocurrido en su cabeza y alguna huella que las penas
 transmiten en su rostro, no es difícil reconocer al «Zorro», el héroe de cuyas hazañas se hablaba tanto
 en México...



El hombre del látigo entra en la pocoda donde ha de jugar una graciosa partida al sargento Machado, terrible con los que tiene bajo su férula, pero no los peligrosos para los que saben manejar el látigo y la espada.



Se juega la partida decisiva y la espada de don Q. hijo del «Zorro» es a la vez serpiente y catapulta, rayo y barrera infranqueable para sus numerosos enemigos...



Mientras las otras las miran desde abajo, entrecorridas ante tanta gallardía, y el sol penetrante parece
tejer un aureo velo tras la figura de Dolores, los estomudos balbucean esas dulces palabras que se
difiera descubrirnos en cada caso y que son tan viejas como el mundo...

Lola, la criada de don César de la Vega, que ahora prestaba sus servicios en la casa del jefe político, esperaba ser introducida. Dolores Muro tuvo un sobresalto, limpió sus ojos que empañaban las lágrimas y dijo vivamente:

— Hazla pasar.

Tralá Lola una mantilla negra que medio le ocultaba la cara y de la que se despojó cuando estuvo en presencia de la hija del general Muro. Y apenas hubo iniciado un respetuoso saludo, Dolores la interpeló:

— Me han dicho que venías con un recado de don César. ¿Le has visto tú?

— Lo he visto muchas veces, doña Dolores, y la última no hace una hora todavía.

— ¿Pero ha venido a la ciudad? Eso es una imprudencia terrible, en su situación! Si has de verle otra vez dile de mi parte que yo no le creo criminal, pero que huya, que se vaya lejos, que no se deje coger por los que tan mal le quieren. Dile que ahora que ya sé que vive, nadie forzará mi voluntad para un casamiento que me repugna y al que me oponía también, aun creyéndole muerto. Dile...

Y su voz se fué empañando por las lágrimas, hasta quebrarse en un sollozo.

— Don César, mi señora doña

Dolores, quiere que tenga usted confianza, que no escuche a los que le hablen contra él sin oírle a él antes... Esto es lo que me dijo para usted hace unos días... Pero en pocas horas las cosas han variado y ahora soy yo la que he venido, sin mandato suyo, para decirle que en el castillo donde se ocultaba se estará librando una batalla, que puede morir y que si yo, pobre mujer, tuviera a mi amante en ese trance, correría para salvarlo, si la salvación era posible, o para besarle si caía...

— ¿Dices que puede morir...? Vámonos ahora mismo — exclamó, pálida y decidida doña Dolores...

¿De que vale, para qué sirve la lógica cuando ha de emplearse contra el amor? Doña Dolores no había tenido nada que oponer a los argumentos que su padre le hiciera. Había comprendido que era el suyo un amor imposible. Y ahora una sola palabra de una mujer del pueblo hablando a su corazón había bastado para derribar todo el armatoste de sólidos argumentos, le hacía olvidar todas las conveniencias y la empujaba, ciega, ajena a las consecuencias de su resolución, hacia el amado.

— Vámonos, vámonos — repetía, mientras buscaba con

mano nerviosa y echaba sobre sus cabellos una mantilla.

— Está un poco lejos el castillo para vos, señora — observó juiciosamente Lola. — Sería mucho mejor que mandaseis enganchar un coche y además llamaríamos menos la atención de la gente.

— Tienes razón — dijo Dolores.

Pronto estuvo dispuesto el coche, que arrastraban dos briosos caballos. No tan pronto como lo deseaba la impaciencia de doña Dolores, que ligera como una pluma a la que un vendabal empujara bajó en un vuelo las escaleras, atravesó el jardín y entró en el coche, gritando al asombrado cochero:

— Vamos al castillo de los Vega... ya sabes... Y haz correr a los caballos cuanto puedas...

Y tambaleándose sobre el desigual empedrado, el coche arrancó al galope de sus caballos, atravesó la ciudad, salió al campo y se perdió en la diafanidad de la mañana primaveral, dejando tras de sí una nube de polvo...

¡AL CASTILLO DE LOS VEGA!

Gritaba, estremeciendo la casa con sus maldiciones y juramentos el bizarro, el famoso sargento Machado, al que oprimía todo el cuerpo la pesada puerta

que contra la pared le estrujaba. Y a cada grito, Ramón sentía aumentar su pánico, temeroso de la cólera del enérgico si le ponía en libertad y temeroso de dejarle preso por más tiempo, lo que hubiera demostrado su complicidad con el hombre del látigo.

Con una sartén en la mano iba Ramón y venía, como atontado, sin saber qué resolución adoptar. Decidióse por fin por la que estimó, si más peligrosa, más razonable, y dejando la sartén sobre el fogón desató con manos temblorosas la cuerda que sujetaba la puerta y quedó inmóvil, a la espera del nubarrón que se le venía encima.

Maltrecho, vibrando de ira, el sargento Machado se lanzó sobre el posadero y le atenazó por el cuello.

— Canalla, bandido. ¿Crees que puede un miserable como tú burlarse del sargento Machado?

Y mientras hablaba le golpeaba con pies y manos en la cabeza, en el pecho, en todo el cuerpo.

— Yo os juro que no sabía quién era ese hombre, gemía el posadero, sin intentar siquiera defenderse. Yo os juro...

Pero sintiendo que no tenía tiempo que perder allí, el sargento arrojó contra el fogón, de un impulso violento, al desdi-

chado posadero y sin oír sus quejas, salió a la carretera. Nada... Su caballo no estaba, ni estaba tampoco el soldado que había traído acompañándole. Machado se revolvió mirando en torno suyo como una fiera herida. Con su torpe andar de oso se dirigió a la cuadra de la posada y apoderándose del caballo que el posadero tenía en ella, cabalgó de un salto y golpeó ferozmente a su cabalgadura, en marcha hacia la ciudad.

Llegaba ya a las primeras casas cuando una nutrida comitiva que en dirección contraria venía atrajo su atención. A poco reconoció en los que iban al frente al general Muro y al capitán don Sebastián. A los cuales gritó, en cuanto les tuvo cerca:

— Nos han burlado, nos han burlado.

Se fueron acercando los otros, a los que seguía buen golpe de jinetes:

— ¿Qué diablos decís de que nos han burlado, sargento? ¿Pues no habíais salido con don Fabricio Borusta para capturar al hombre del litigo?

Explicó el sargento entonces, arreglándolo de la mejor forma para que su dignidad no padeciera, el suceso de la posada. Había llegado allá, en cumplimiento de las instrucciones que recibiera de don Fabricio, me-

diada la mañana. Había pedido el almuerzo, con el intento de amanzacar, en la forma que pudiera, al posadero o a los posibles transeúntes que fueran llegando. Y cuando hubiase apenas sentado a la mesa, cinco o seis hombres, pues no podía precisar el número, se lanzaron sobre él como centellas, saliendo de diversas puertas que recaían al comedor y le habían maniatado y amordazado. No podía decir más, por qué nada más sabía. Después, el dueño de la posada, un granuja que debía estar de acuerdo con los otros bandidos y al que ya había dado él, por el momento, su merecido, le había desatado para simular su inocencia y ahora se dirigía él a la casa de don Fabricio...

— ¿Pero, entonces, cómo demonios había enviado don Fabricio un recado de que fueran en su ayuda al castillo de Vega, adonde él se dirigía con el sargento Machado?

— A eso — dijo el capitán don Sebastián — yo no puedo responder sino que el recado lo trajo uno de los criados de don Fabricio y que lo recibí yo mismo...

Deliberaron unos momentos, sin acertar a explicarse lo ocurrido, hasta que el general se decidió:

— ¡Al castillo de los Vega! Algo

CAPITULO IX

Cuando brilló el sol de la Justicia...

No tan de prisa como don César hubiera deseado ni tan despacio como hubiera sido el gusto del jefe político, del imponderable don Fabricio que, poco habituado a correr a caballo temía caer al suelo a cada instante y tenía también el momento del choque con el hombre del látigo por si acaso le tocaba recibir algún golpe, avanzó la primera tropa en dirección del medio derruido castillo.

Aunque brillaba un sol espléndido y el aire, templado, venía cargado de suaves aromas campestres, el falso sargento Machado parecía sentir frío, según procuraba arrojarse en su capa y calarse el sombrero. Había de cuidar, naturalmente, de que los que más o menos conocían a la digna persona a la que suplantaba no advirtieran el engaño, y para eso lo mejor era taparse bien

y hablar lo menos posible, pues conocido el genio del famoso sargento a nadie podía extrañarle su mutismo, que tal o cual gruñido, fácil de imitar, cortaba de cuando en cuando.

Daban ya vista al castillo cuando don Fabricio adelantó un poco su caballo y emparejándose con el sargento volvió a insinuarle:

— Dígame, señor Machado. ¿No sería lo mejor que esperásemos aquí, ahora que dominamos todo el terreno que rodea al castillo, a que nos llegasen los refuerzos?

— Podéis quedaros si tenéis miedo. Pero nosotros vamos a seguir adelante, pues sería ridículo que lo dejáramos escapar por alguna galería que seguramente habrá entre esas ruinas.

— ¡Hombre! — exclamó con azoramiento don Fabricio. Vo

no tengo miedo, aunque os confieso que no llevo armas, porque no he sabido manejarlas nunca.

— No hace falta. Basta con mi espada y además, yo ataré a la puerta al preso, de forma que estos soldados puedan acompañarnos en nuestras pesquisas por el castillo sin ocuparse de él.

— Esa me parece una buena idea — exclamó el jefe político.

En efecto, apenas llegaron a la cima del altopiano y cuando penetraban en el portalón, el sargento ordenó a los soldados:

— Id vos a situaros junto a aquella ventana y vos a la parte contraria del edificio. Dejad los caballos y estad dispuestos para acudir en cuanto oigáis un grito. Dejadme el preso, que voy a atarlo bien a esta argolla.

Obedecieron los soldados y don César, aprovechándose de que don Fabricio, situado a cierta distancia, no podía verles por no llevar sus lentes, simuló atar a Robledano, pero desligándole verdaderamente, mientras le decía en voz baja y rápida:

— Dentro de un instante te vienes tras de nosotros. Nos detendremos en el segundo patio.

V levantando la voz, gritó a don Fabricio:

— Venid sin cuidado detrás de mí, que este granuja no podrá ya estorbarnos.

Salieron, con paso cauteloso, al primer patio del castillo, caminando delante el supuesto sargento, que llevaba su espada en la mano. Atravesaron después un corredor húmedo y oscuro, una habitación en la que el pavimento destrozado estuvo a punto de hacer caer dos o tres veces el jefe político y, ya en el segundo patio, oyó don Fabricio que le decían con una voz que ahora creyó reconocer:

— Esperad un momento. No os mováis.

— Oiga, señor sargento, supongo que no me dejaréis solo aquí... Ya os he dicho que no traigo armas y que apenas veo... ¿Dónde estáis?

Nadie le respondió. Don Fabricio, muy inquieto, levantó un poco la voz, sin atreverse a gritar por el temor de atraer hacia él a don César y a algún criado que suponía pudiera acompañarle en el castillo:

— Señor sargento, señor sargento...

Continuaba el silencio. Y de repente, en la imaginación de don Fabricio se insinuó, como un rayo de sol que atraviesa una puerta cerrada, la sospecha de haber caído en un lazo, de haber sido burlado... ¿Por qué razón, por muy fanfarrón que fuese el sargento, su resistencia a esperar los socorros? ¿Por qué su

empello en hacerle entrar con él en el castillo y por qué su extraña conducta abandonándole después?

Ahora, pese a la agitación de la marcha, pese a la templada temperatura, fué don Fabricio el que sintió un escalofrío. Y como gritara otra vez: «Señor sargento, señor sargento», sin que nadie le respondiera, un pánico inenarrable que le hacía temblar todo el cuerpo y le cortaba la voz, un pánico como a veces nos asalta durante una pesadilla, le empujó hacia la puerta, buscando, vacilante, el camino que pudiera sacarle del castillo.

Pero en aquel momento la puerta se abrió y, libre ya de disfraz, vestido como para una fiesta, con alta bota y jubón de terciopelo labrado, apareció don César de la Vega.

— ¿Quién gritaba aquí? — preguntó. — Ah, si es mi buen amigo, mi excelente amigo don Fabricio Borusta. Hasta mi retiro han llegado noticias de que prosperáis muy rápidamente... Y lo he celebrado mucho, dicho sea en verdad.

Don Fabricio callaba, aterrado, mientras don César se le acercaba. Ya a su lado y cambiando el tono de chanza por otro seco, imperativo, le dijo con voz que sonaba como los chasquidos de su látigo famoso:

— ¿Vos conocéis los detalles del crimen y sabéis quién es el asesino? ¡Descubridlos, en nombre de la justicia divina y humana!

— Yo no sé nada... no sé nada... — balbuceaba don Fabricio, queriendo ganar tiempo.

Volvióse don César hacia la puerta:

— Pasa, Robledo. Vamos a recurrir a los grandes medios. Hemos de aprovechar el tiempo y a fe que ahora será de veras.

El criado penetró en el patio y comenzó a encender fuego en uno de los ángulos. Al cabo de algunos instantes, que fueron de indecible angustia para don Fabricio, los dos hombres se lanzaron sobre él, le arrastraron a puñados, le tumbaron a tierra como si de un cerdo se tratara y colocaron sus pies sobre la pequeña hoguera.

Un grito de espanto, un terrible grito que el eco devolvió y que lo llenaba todo, se escapó del pecho de don Fabricio al darse cuenta de lo que se trataba. ¡Iban a quemarle vivo lentamente! Se debatía desesperadamente, luchando entre su temor y su conveniencia. Pero los brazos que le sujetaban eran de acero y acerada era también la voz de don César, murmurando:

— ¿No aplaudiais vos estos recursos cuando de mi buen Ro-

bledo se trataba? Hablad: no tenemos tiempo que perder. Decid lo que sepáis o por Dios que no saldréis vivo de aquí.

La llama había calentado ya el cuero de las botas y comenzaba a hacer presa en la carne. Uniéndose al espanto el dolor físico y don Fabricio gritó:

— Dejadme, dejadme. ¡Yo lo diré todo! ¡Traigo conmigo las pruebas! ¡Yo os diré quién es el criminal!

Y gimiendo como una criatura, tactándose con mano temblorosa los pies doloridos se incorporaba ya, rendido, dispuesto a descubrir la verdad, cuando un ruido de pasos se oyó tras de la puerta, se abrió ésta con violencia y un tropel de soldados irrumpió en el patio, esgrimiendo los aceros y lanzándose sobre don César y su criado.

UNA LUCHA TERRIBLE

A bien que si los soldados peleaban por cumplir un deber, don César era su vida, su amor y su honor lo que defendía. Esgrimista formidable, su brazo lo movían además en este trance la necesidad de triunfar, el temor de dejar escapar a don Fabricio, del que ya sabía que podía restablecer la verdad.

Corrió Robledo, imaginando

con acierto que los que se llevara detrás de sí serían otros tantos enemigos menos para don César. Y quedó éste ante ocho o diez soldados.

Pronto olvidaron uno y otros el motivo del combate, su situación respectiva, ganados por el ardor de aquél. Se sucedían los golpes contra don César como una espesa granizada. Los paraba todos él y los devolvía dando saltos formidables que hacían ir y venir a sus adversarios, con un movimiento semejante al de una gran oleada. Era una sola espada la de don César y parecía una docena de espadas en su mano, de tal manera estaba envuelto en un relámpago de acero.

Pero la lucha era demasiado desigual para sostenerla mucho tiempo. Lentamente, sin volver un instante la cara, iba retrocediendo don César. De súbito, un grito de triunfo, unánime, se escapó del grupo de sus adversarios. ¡Don César, creyendo retroceder en dirección a la puerta que tenía a sus espaldas, estaba ya, en realidad, dando la espalda a la pared!

Redoblaron los soldados, arduosamente, su ataque y acorralaban a don César, sin hacerle vacilar todavía, pero viendo ya cercano su triunfo. Mas de repente, como lanzado por una catapulta, una especie de demonio enmas-

carado, todo vestido de negro, cayó en pie, en medio del patio, saliendo por la puerta que a la diestra de don César, en el mismo muro en que éste se apoyaba, quedaba abierta.

¡Formidable y oportuno refuerzo! Si la espada de don César era relámpago, la del recién venido parecía rayo en sus manos. Un instante retrocedió la masa de enemigos, algunos de los cuales rodaban ya por tierra. Pero era tal su superioridad numérica que sólo fué de un instante su vacilación y el combate prosiguió con nuevos bríos.

— ¡Rendíos ya! — gritó el que parecía mandar a la tropa — ¡Rendíos, que yo os aseguro no hubiera hecho nadie otro tanto!

— Seria el primero de mi familia que se rindiese — contestó don César.

En el mismo instante, el caballero enmascarado hizo un zigzag con su brazo y uno de los que atacaban arrojó su espada, llevándose las manos al rostro. En su mejilla, encendida por el ardor de la lucha, la espada del enmascarado había trazado sangrientamente un signo:

— ¡El Zorro! — gritaron a la vez de todas partes.

— Padre — gritó don César, al advertir que don Fabricio, que lentamente se había ido recobrando, trataba de escapar,

bien arrimado al muro. — Dejádme y alcanzad a aquel hombre que huye. Se lleva las pruebas de mi inocencia.

Lanzóse el Zorro tras el miserable y don César, que auxiliado ya por su padre había ido evolucionando para tener la puerta a sus espaldas, dió un último golpe. Su espada había saltado al fin, rota por la empuñadura.

Corrió por el pasadizo, seguido de los soldados, se encaramó como un gamo por los restos, medio derruidos, de un muro, torció por unos pasillos en los que sus perseguidores, que no los conocían, quedaron perdidos, y de nuevo se encontró, al salir al aire libre, con don Fabricio, que silenciosamente trataba de escapar. Llevaba en la mano una espada que había recogido de uno de los soldados que cayeran heridos y don César se la arrebató:

— Entrega las pruebas ahora mismo, bandido, o mueres sin remisión.

No cabía vacilar y don Fabricio sacaba ya su pitillera para entregar el naípe que en ella llevaba cuidadosamente guardado, cuando apareció don Sebastián gritando:

— Daos preso.

Para tan miserable enemigo no era necesaria la espada. Don César esgrimió su látigo y, sacu-

diéndole, lo dejó caer. Cayó a tierra el brillante capitán de la guardia, lanzando un rugido de dolor y de ira. Trató de incorporarse y una y otra vez rodó por tierra.

Se oían los gritos de don Sebastián, se oían también los que daban por otros lugares del castillo los soldados que a don César buscaban. En fin, mientras don Sebastián seguía recibiendo latigazos y don Fabricio permanecía inmóvil, anonadado, comenzaron a llegar unos y otros.

— Rendios, don César. Yo os lo mando — gritó, al llegar, el general Muro.

Otro grito respondió al suyo:

— ¡Muro, mi gran amigo Muro!

Cayó a tierra el látigo de don César, que aproximándose a don Fabricio le arrancó de las manos la pitillera. Sacó, después de registrarla unos momentos, el naípe, que leyó con loca alegría y entregó a su padre. Mientras, el general, contristado, se dirigía, después de breve vacilación, hacia el Zorro:

— Vega, mi viejo y buen amigo... ¡No puedes imaginarte qué pena me causa todo esto!

— Pero ¿tú has podido creer, querido amigo, que en mi familia se crían asesinos?

Y dando un amistoso codazo al general, el Zorro le mostró el naípe que conservaba en la mano

y en el que el señor Muro leyó con asombro:

«Me ha asesinado el capitán don Sebastián.

EL BARÓN DE CHIFFRE

— ¿Conocías la letra del barón, supongo?

— ¡No cabe duda, no cabe duda! — murmuraba el general.

Y al considerar que por un concepto demasiado rígido de la justicia había perseguido encarnizadamente al hijo de su mejor amigo, había estado a punto de destrozarse el corazón de su hija y de manchar su nombre, introduciendo en ella a un asesino, sintió que su corazón se oprimía, y estrechando las manos del Zorro acertó apenas a murmurar:

— ¡Oh mi amigo, mi buen amigo!

Pronto venció su pasajera debilidad y levantando el brazo gritó a los soldados, con voz terrible:

— Detened a esos miserables...

...

Llegaba a las proximidades del castillo el coche en que viajaban doña Dolores y Lola, cuando advirtió la sirviente, que a través de los cristales de una de las portezuelas iba mirando hacia adelante, gran revuelo de gente

y de caballos en la entrada principal del castillo. Volviéndose vivamente hacia doña Dolores, indicó:

— Nos va a ser difícil llegar hasta don César si continuamos por el camino principal hasta el castillo.

— ¿Qué hacer, entonces? — interrogó Dolores.

— Si os atrevierais, señoras, a venir andando tras de mí, yo sabría llevaros, sin que nos advirtieran, dentro del castillo.

Se levantó la joven, haciendo detener el carruaje. Echó pie a tierra, sin cuidarse ni reparar siquiera en que el polvo que el coche levantaba en su marcha las envolvía como en una nube y, cogiendo del brazo a Dolores murmuró simplemente:

— Conducíme.

Las dos mujeres se apartaron de la carretera, a campo traviesa. Lola era a la vez guía y sostén, pues doña Dolores, con su larga falda y sus zapatos de alto tacón, estaba a punto de caer a cada paso. Pero si Lola se detenía, con el intento de dejarla tomar aliento un instante, doña Dolores exclamaba con impaciencia:

— Vámonos, vámonos.

Cuando al amparo de los árboles, escabulléndose por un sendero propicio, llegaron al castillo, la tragedia tocaba ya a su

desenlace. Pero Lola invitó a la hija del general a esperar un instante, prudentemente, mientras ella se adelantaba a averiguar lo ocurrido.

No tardó en desembocar en el patio, rodeado de muros medio derruidos, donde el general Muro cambiaba unas palabras con el Zorro. De una mirada abarcó el conjunto de personajes, cuyos rostros expresaban claramente sus sentimientos y sin detenerse a preguntar nada, segura de acertar así, se acercó a don César:

— Arriba está doña Dolores — le dijo en voz baja.

— ¿Está aquí Dolores? — preguntó don César.

V, siguiendo la dirección que el brazo extendido de Lola le indicaba, trepó con agilidad y desapareció a la vista de todos, para reaparecer a los pocos instantes trayendo a Dolores consigo.

— ¡Padre — gritó desde lo alto. — Mira a mi novia!

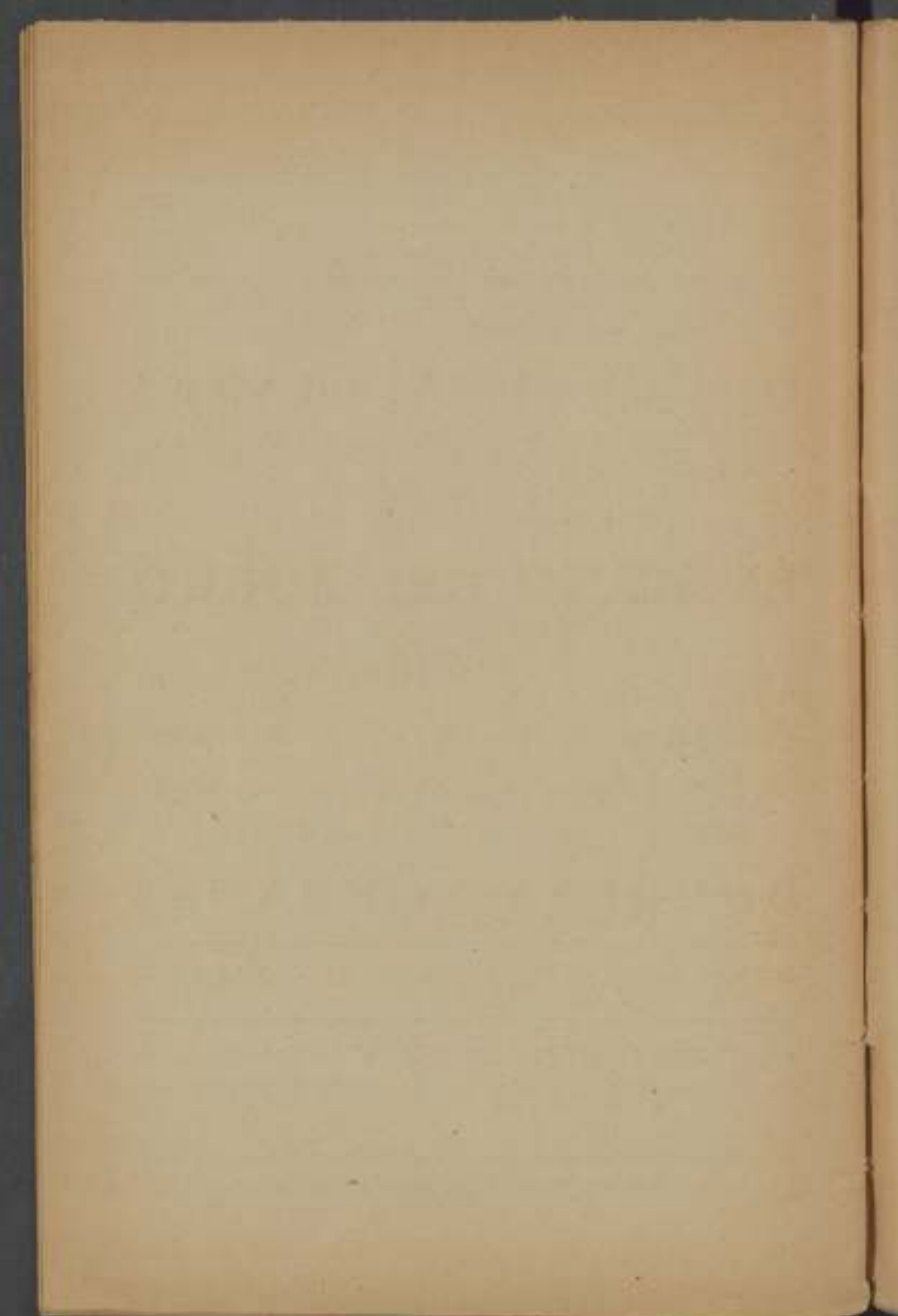
Todos los que en el patio se hallaban levantaron la cabeza. Dolores, los negros cabellos descubiertos, de espaldas a la luz, semejaba ahora una estatua inmovilizada por la sorpresa y la alegría. El sol poniente parecía tejer tras de ella un tenue velo de oro. Y era tal la graciosa armonía de las dos siluetas juveniles, tal la simpatía y la gracia que de sus

personas brotaba, que el Zorro y su amigo y todos los otros no supieron más que sonreírles.

Pero Dolores y don César no miraban ya. El mundo había desaparecido para ellos y sólo tenían ojos para contemplarse el

uno al otro y labios para murmurar con voz temblorosa esas palabras que parecen descubiertas para cada caso y que son, como el amor mismo, tan viejas como el mundo...

FIN



Si le ha gustado este relato que tan admirablemente interpreta

DOUGLAS FAIRBANKS

en la película del mismo nombre, no deje de comprar

EL SIGNO DEL ZORRO

de la misma colección

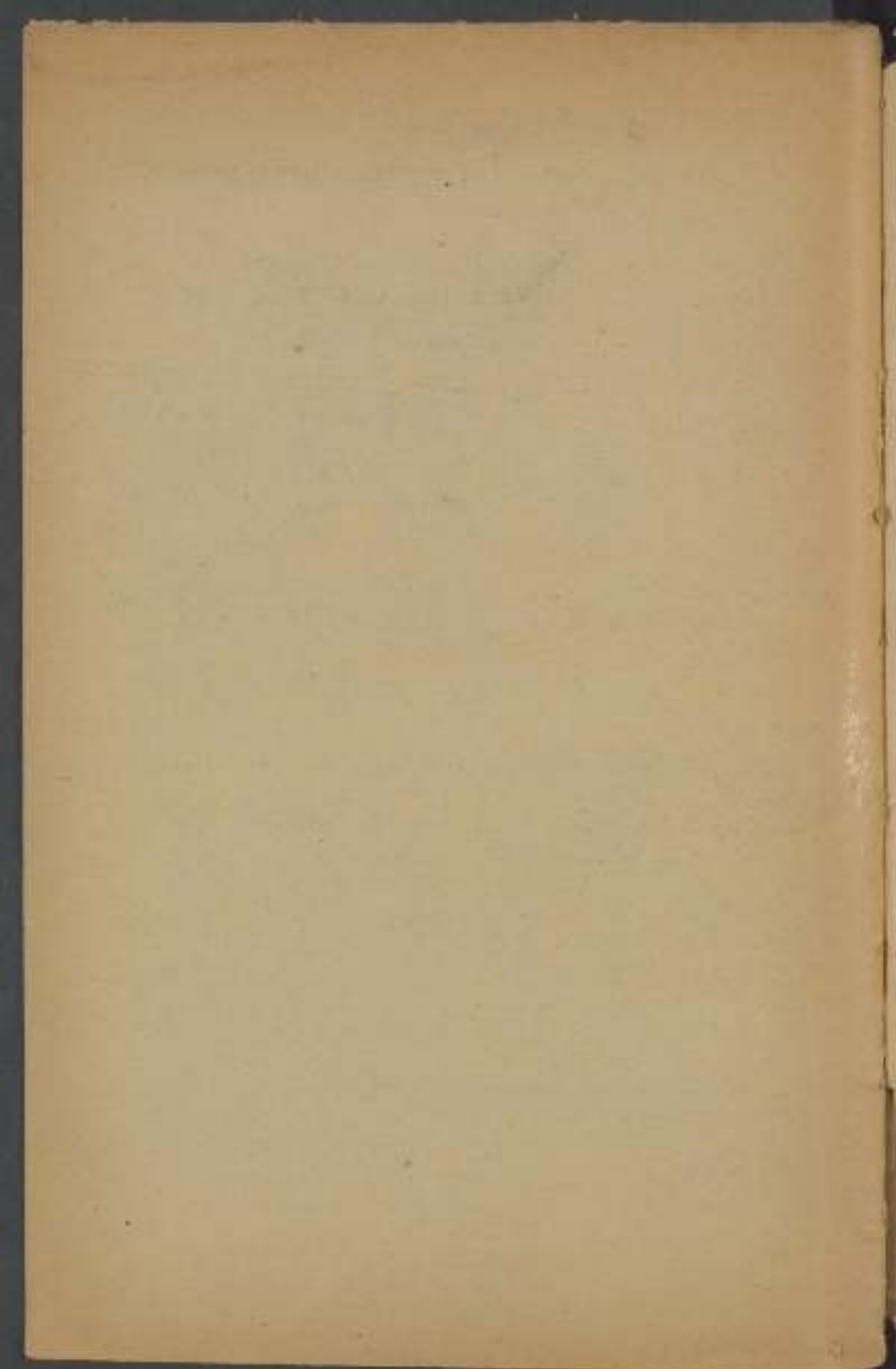
"Las Grandes Novelas de la Pantalla"

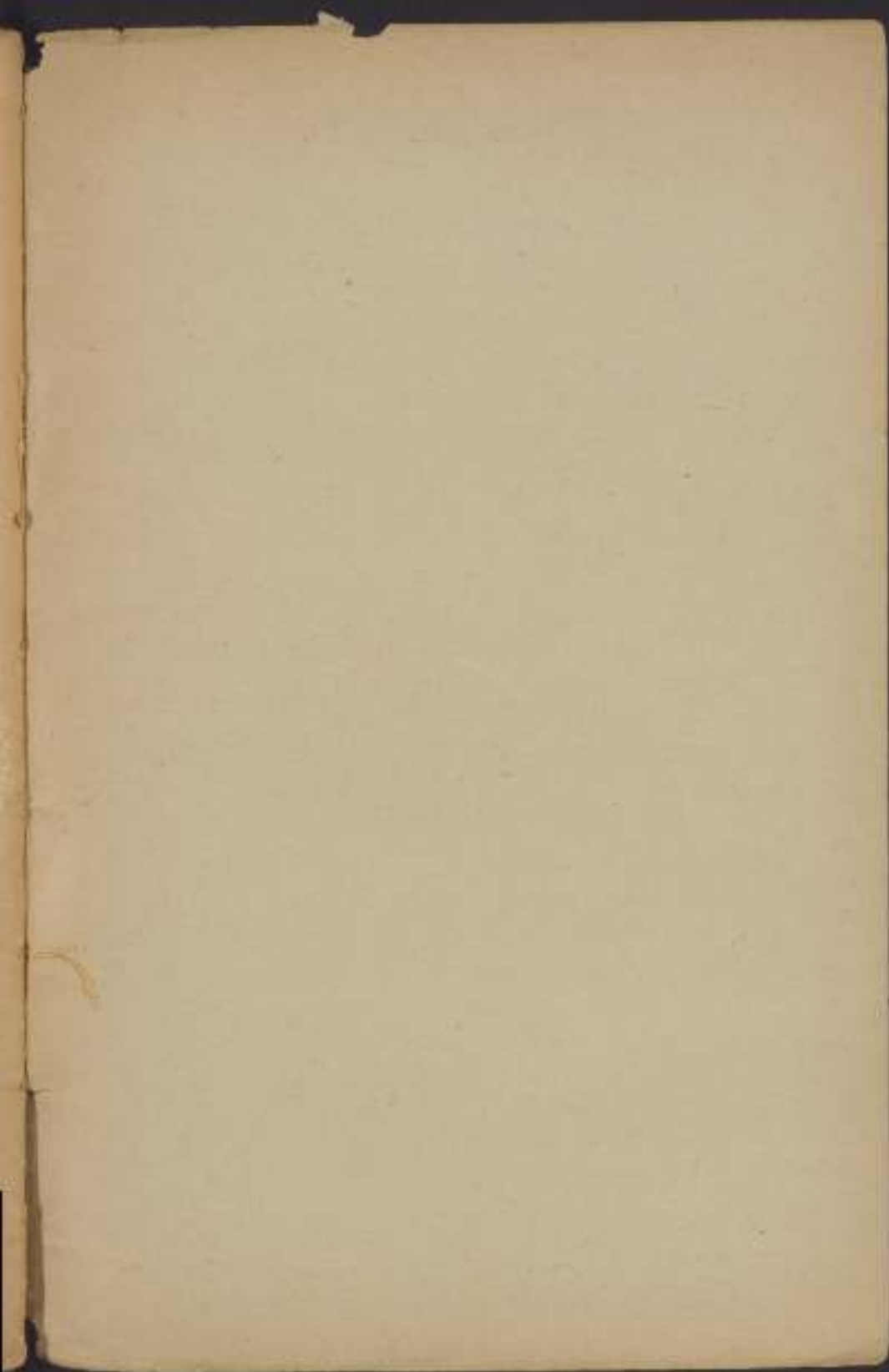
en cuya película alcanzó la máxima popularidad el gran actor cinematográfico

DOUGLAS FAIRBANKS

PÍDALA HOY MISMO A SU LIBRERO

SOCIEDAD GENERAL DE PUBLICACIONES, S. A.
Diputación, 211.-Barcelona :: Valverde, 21 dup.-Madrid





ESTE LIBRO PERTENECE A LA COLECCION

LAS GRANDES NOVELAS DE LA PANTALLA

Colección de novelas basadas en argumentos célebres de la cinematografía. Los tomos van ilustrados con fotografías de las películas.

VOLUMENES PUBLICADOS

LAS DOS NIÑAS DE PARÍS.

JUDex.

LA NUEVA FUSIÓN DE JUDex.

LA HUERFANTA.

BARRABÁS.

EL SEÑOR DEL ZORRO (*Douglas Fairbanks*).

LA COQUETA IRRESISTIBLE (*Constance Talmadge*).

PARISETTE.

EL HOMBRE DE LAS TRES CARAS.

POR LA PUERTA DE SERVICIO (*Mary Pickford*).

LA AMORDAZADA.

PIMENTILLA (*Dorothy Gish*).

EL HIJO DEL PIRATA.

EL CAPITÁN KIDD (*Eddie Polo*).

LOS PARIAS DEL AMOR.

ESPOSAS FRIVOLAS.

LA DUEÑA DEL MUNDO (*Mia May*).

LA TRAGEDIA DEL CORREO DE LYON.

EL HIJO DE LA PARROQUIA (*Niño Jackie Coogan*).

EL MILAGRO.

RICARDO CORAZÓN DE LEÓN.

EL HUÉRFANO DE PARÍS.

EL LADRÓN DE BAGDAD (*Douglas Fairbanks*).

DOROTEA VERNON (*Mary Pickford*).

EN PRENSA

LA PEQUEÑA ANITA (*Mary Pickford*).

LA QUIMERA DE ORO (*Charlot*).